

# HEMATOMA

Yael Weiss



# **HEMATOMA**

**Yael WEISS**

**ELEFANTA**



**EDITORIAL**

*HEMATOMA*

Primera edición, 2019

D.R. © 2019, Yael Weiss

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Abril Castillo

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2019, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.

Tamaulipas 104 interior 3,  
Col. Hipódromo de la Condesa  
C.P. 06170, Ciudad de México  
[imailiano@gmail.com](mailto:imailiano@gmail.com)  
[www.elefantaeditorial.com](http://www.elefantaeditorial.com)



@ElefantaEditor



elefanta\_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-607-9321-68-0

ISBN EBOOK: 978-607-9321-69-7

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la

reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la  
previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

*A la Buba Pazy*

# HEMATOMA

*Para Ilan*

## I

AL FIN APARECIÓ LA MÉDICO FORENSE EN UN EXTREMO del pasillo. Avanzaba rápido con los pasitos que le permitían sus piernas cortas, como si reconociera a Gala y corriera hacia ella. No era extraño, pues sabía que alguien la esperaba en los pasillos subterráneos del Palacio de Justicia, y Gala era la única persona en el lugar. Quizá lo raro, más bien, era que Gala la imaginaba diferente: más gris, más pausada, más *dark*. La mujer que acudía a la cita contradecía sus expectativas con una camisa floreada, una falda verde menta, pantimedias rosas y moca-sines Camper. Al hombro, eso sí, una voluminosa bolsa de cuero desgastado y oscuro.

—Perdón, perdón —empezó la médico en su recta final, los últimos cinco metros—. Tuve un caso en el exterior.

—Sí, sí —respondió Gala—, me avisaron. Que tuvo un muerto sospechoso.

—Sí, eso, exacto, un muerto sospechoso.

Estrecharon manos y entraron al despacho.

—Siéntese, por favor... En un momento empezamos.

La mujer prendía luces, movía sillas. Posó sobre el escritorio su gran bolso y hundió ambos brazos en el interior. Gala vio salir unos *tuppers* con restos de comida, un paquetito de Kleenex, un teléfono celular con protector

de calaveritas y un monedero rosa con calaveritas también. La médico forense se calzó unos lentes de pasta y se acomodó sobre la silla detrás del escritorio.

—Bueno, ahora sí. Cuénteme qué pasó. ¿Cómo ocurrió este altercado con la policía? ¿Cómo le rompió la nariz? —la mujer probaba las puntas de sus lápices sobre la yema de su dedo.

—El altercado... sí..., Pero ya todo quedó consignado con la juez, ¿no?

—Algo me dijo. Pero yo necesito todos los detalles de primera mano. Por favor. Cómo y dónde la golpearon, cómo empezó, por qué. Espere. Primero deletree su nombre —al fin la médico escogió su lápiz y levantó la vista. Detuvo sus ojos verdes sobre los ojos de la interrogada.

Gala dio sus datos personales, fecha y lugar de nacimiento, domicilio actual, nivel de estudios. Precisó que se había licenciado en biología. La médico forense escribía sobre un cuadernito con letras redondas y cuidadas que Gala renunció a descifrar desde su asiento. Se apoyó sobre el respaldo mientras enumeraba sus enfermedades de niñez, sus embarazos y abortos, sus operaciones quirúrgicas. Se sentía molida por los golpes y la noche pasada en el separo. Le era de pronto agradable hablar de su cuerpo como de un objeto con características medibles, con un historial de accidentes ubicables en el tiempo y el espacio. Buscó la mayor cantidad de detalles para alargar el momento. Contó que era maestra de escuela, de ciencias de la vida.

—¿Conocía con anterioridad a la señora policía? —interrumpió la médico.

—No.

—¿Por qué le dio un puñetazo en la cara?

Gala intentaba responder a esa pregunta desde la noche anterior, tanto en los interrogatorios iniciales como en la soledad del separo. No lo sabía. Una especie de comezón insoportable la había empujado a actuar.

—En la parte trasera de la tienda tenía a dos muchachos muy jóvenes con las manos sobre la pared —empezó a contar Gala—. Ellos no estaban haciendo nada. Les registraba cada bolsillo, cada pliegue del pantalón, les quitó el cinturón y les pasó la cachiporra por el pene. Lo hizo varias veces, lo de tocarles el pene. Lo vi claro. Ellos eran solamente dos adolescentes, no merecían ese abuso.

—¿Intentó hablar con ella? —la médico no levantó la mirada, esperó la respuesta con la punta del lápiz a un milímetro del papel.

—Intenté, pero no se pudo —mintió Gala.

—Ok. Muy bien —la médico cambió de hoja, apuntó un par de líneas extra—. Bien. Ahora pasemos al examen por favor. Quítese toda la ropa.

—¿Los calzones también?

—Los calzones también.

Gala obedeció. Era la única manera de comprobar que la policía se había vengado directamente sobre su cuerpo, que la habían molido a golpes en la comisaría, cuando ya tenía las manos atadas tras la espalda. Las esposas le dejaron cicatrices en ambas muñecas. Según su abogado, si ella amenazaba con iniciar un juicio por violencia policiaca, ellos retirarían los cargos en su contra. Ésa era la apuesta.

—Disculpe —empezó Gala mientras doblaba con cuidado su ropa percutida.

—¿Sí?

—¿Los médicos forenses no son únicamente para los muertos?

—No. Nos ocupamos de todos los delitos contra un cuerpo. Desde un diente roto —la médico desplazaba objetos sobre su escritorio mientras Gala hacía bolita sus calcetines—. Hay hombres que se agarran a golpes en la calle y luego inician un juicio de reparación donde exigen que se les pague un cirujano plástico. Piden una nariz nueva, más recta y varonil, cosas así. Hay que juzgar hasta dónde llega la responsabilidad de cada quién. ¿Ya está lista? —dio unos pasos y encendió una lámpara de luz blanca—. Acérquese, por favor.

El examen se hizo de pie. Gala se paró sobre unas huellas blancas dibujadas en un tapete de espuma. La médico forense, sin separarse de su cuaderno, subió a un escaño para comenzar el trabajo desde la coronilla. Analizó el cráneo con la yema de los dedos, peinando para aquí y para allá el pelo enmarañado y sucio. Bajó del escaño y continuó el examen en círculos, como si analizara una columna de jeroglíficos. Enunciaba sus observaciones y las apuntaba. Hematoma, 3 × 4, sobre hombro derecho a 1 centímetro de la cabeza del húmero. Contusión, 2 × 4, sobre escápula derecha. Hematoma, 1 × 1, bajo la axila izquierda, sobre primera costilla. Y así hasta la punta del pie. A diferencia del médico de los vivos, la médico forense no indagó en ningún momento si le dolía aquí o allá ni se esforzó por romper las bahías de silencio que se instalaron por largos minutos. Cuando terminó con cinco vueltas

completas el recorrido del cuerpo de Gala, cerró su cuaderno y preguntó:

—¿Puedo tomar unas fotos?

—Sí, por supuesto.

Después de un par de tomas cercanas, Gala preguntó si eran pruebas para el juicio.

—No. El juicio sólo usa el reporte escrito. Las fotos son para mi colección personal. Estos hematomas tienen formas y colores peculiares —explicó—. Es muy interesante.

—¿Interesante? ¿Por qué?

—Son como flores. Aunque el método de golpe no es óptimo y las flores no están correctamente definidas, la tendencia es clara. Los pétalos son muy afilados, como esas flores que se llaman diente de león. Ya te puedes vestir.

—¿El método de golpe? —Gala estaba sorprendida—. ¿Con otro método de golpe las flores salen mejor?

—Exacto. Podría usted presumir una hermosa decoración natural, un pequeño jardín personal de flores azul con amarillo. Fíjese bien, mire aquí —la médico acercó la pantalla de su pequeña cámara digital—, los amarillos sólo aparecen hacia el centro, como pistilos. No en cualquier cuerpo se obtiene tanta precisión en el delineado, ni en el color.

—¿En su colección personal tiene puros hematomas con forma de flor? —Gala pasó la cabeza dentro de su camisa.

—No, no, hay de todo. Una vez analicé un cuerpo que producía círculos perfectos y concéntricos. El centro morado, luego rojo, amarillo y una línea exterior muy delgada verde. Otro caso es el de una mujer que reaccionaba a las contusiones con patrones de fuentes de agua. A partir del punto de impacto, los capilares se dañaban hacia arriba, a la vertical, con una ligera inflexión en los extremos, como chorros que se elevan y luego caen. Curioso, ¿no? A esa la conocí como cadáver.

Gala terminó de vestirse, se calzó los zapatos y dudó unos momentos.

—¿Me muestra otra vez las fotos que me tomó?

Después de mirarlas, Gala preguntó cómo podía obtener patrones de flor más precisos.

—Con un especialista golpero.

—Ah. No sabía que existía... ¿Me puede recomendar uno?

—Sí. Te voy a dar el número. Pero tienes que esperar a que desaparezcan estos moretones mal hechos. ¿Tienes dónde apuntar? Ah, no, espera. Ten esta tarjeta.

—Gracias.

Gala se quedó mirando el cartoncito.

—Carlos es el mejor —aseguró la médico.

—¿Pero es legal esto del golpero? —preguntó Gala.

—Sí. Claro. Es como los tatuajes o los piercings. Que la gente haga lo que quiera con su cuerpo mientras no se mate. Y mientras sea un acto voluntario.

En el umbral del despacho añadió a manera de despedida:

—Pasaré el reporte a la juez. Ya puedes irte a casa y tomar un baño. ¡Suerte!

Le guiñó un ojo y cerró la puerta.

## II

EN EL AULA SOBRECALENTADA, DESPUÉS DE HABER TRAZADO una A mayúscula exageradamente grande, Gala se inmovilizó por completo, manteniendo la punta biselada del plumón sobre la pizarra. Volteó de tajo. La clase tomaba apuntes con el aspecto general de siempre. Caras arriba hacia el pizarrón, caras abajo hacia el cuaderno. Ese vaivén. Un niño se reía, quién sabe de qué, y otro buscaba algo bajo su mesa, quizá su pluma. Nadie podía adivinar las flores moradas y verdes bajo la blusa de Gala, cada vez más precisas, al filo de semanas de tratamiento, más dueñas del espacio de piel que recubría su espalda. Gala sentía un hormigueo precisamente ahí, como si diminutas y ligeras patitas corrieran entre sus omoplatos. Era una sensación muy parecida a la de su pesadilla recurrente cuando estudiaba biología. Sobre todo después de las disecciones de pequeños mamíferos, soñaba que su cuerpo aparecía en el patio de la facultad, cubierto de cucarachas. A veces eran mariposas negras. Y a veces también su piel reventaba y por debajo aparecían más insectos.

Gala tapó el plumón y se sentó sobre el escritorio. Ahí seguía la circular

de esta mañana.

—Bien. Ahora vengan por el material en parejas. Empieza la primera fila, Julieta y Lea por favor.

Gala entregó charola, lupa, jeringa, pipeta, bisturí, una caja Petri y un insecto a cada equipo. Examinaba las manos tendidas de cada niño, o adolescente, o como se llamaran esos cuerpos de once años. *Vigilen las cicatrices en muñecas y antebrazos*, advertía la circular distribuida a todos los profesores de la escuela. Por este medio se acababa de enterar Gala de un juego cibernético que cobraba cientos de muertes entre los jóvenes de todo el mundo. Los recién iniciados realizaban pequeñas cortadas en sus brazos, los más avanzados en el juego dibujaban animales como peces y arañas sobre su piel, con un cuchillo. Los que alcanzaban la etapa final, filmaban su propia muerte. *Vigilen*, repetía la circular.

—¿Qué es eso?

—¿Qué, maestra?

—Eso que tienes ahí —Gala señalaba el antebrazo de la pequeña.

—Me mordió mi hermano.

Las huellas de los dienteitos definían una circunferencia de puntos rojos. Era una marca redonda, abultada en el centro.

—Aquí tengo otra, maestra —la niña arremangó su camiseta y mostró una marca similar en el hombro—. Pero mi mamá no le quiere pegar.

—¿Y tú no le pegas?

—No. Porque me castigan.

Gala no preguntó más: no eran cicatrices de cuchillo, no era el juego mortal. Eran marcas de vida. Y bastante bien logradas. No iba a entregar niños a psicólogos y policías a la primera de cambio.

—Bueno —dijo en voz alta para toda la clase— ya todos tienen un insecto en su charola. Obsérvenlo bien. Tienen que identificar qué insecto es, qué hacía cuando estaba vivo, cómo comía, qué comía, cómo se desplazaba. Fíjense en las alas, en las patas, en los pelos, en las antenas, en las mandíbulas, en todo. Descríbanlo. Compárenlo con los dibujos de su libro. Hay un microscopio aquí —señaló una esquina del salón—. Y agua destilada.

Ya nadie la escuchaba. Todos agarraban las jeringas y los bisturíes.

—¡Primero observen! ¡No corten! ¡No destruyan su objeto de estudio! —

Gala alzó la voz.

Un niño la miró con cara de susto. Los demás no la pelaron.

Gala rodeó su escritorio y se sentó sobre él. Sentía las patitas ligeras en la espalda, entre sus flores secretas. Frente a ella, los alumnos llevaban su vida de alumnos, protegidos por las paredes del instituto, a salvo, por el momento, de la violencia en las calles.

De pronto entró el supervisor escolar con un policía. Pasaron sin decir más palabra que “¡Buenos días! Niños, sigan con sus actividades. Con permiso, maestra”. Se llevaron a la pequeña de las mordidas. Gala, que ya tenía un juicio por romper la nariz de una mujer policía, no dijo nada. Se quedó mirando cómo un alumno cortaba su grillo en pequeñas rebanadas.

### III

SE ACOSTÓ BOCA ABAJO, DESNUDA DE LA CINTURA HACIA arriba. Sobre la cama de cuero café, sus senos se aplastaron como dos almohadillas blancas bajo su torso. Carlos se desplazaba por el estudio, Gala podía seguirlo mentalmente por los ruiditos.

—Esas flores van muy bien. Falta un poco de definición en los bordes, vamos a intentar con unas agujas especiales que tengo por aquí.

La voz le llegaba de los anaqueles del fondo, donde Carlos guardaba los objetos de vidrio. Gala conocía el sitio de memoria. Era su momento preferido de la semana. Aquí se sentía aislada y protegida del mundo exterior.

—¿No has tomado, verdad?

—No —aunque la cama tenía un agujero para la cabeza, no era cómodo hablar hacia el suelo. En lo que iniciaba el tratamiento, Gala optó por girar la cara y aplastar su cachete derecho contra la superficie acolchada. Sus labios se deformaron con la presión lateral.

—Recuerda que nada de alcohol. Eso adelgaza la sangre —los pasos de Carlos se alejaron hacia su izquierda.

—¿Sabes? Algunos de mis alumnos traen moretones por todas partes —dijo Gala. Sentía el vapor de su aliento reverberado por la cama.

Carlos se movía por el área de los látigos y cuerdas. Gala oyó un tintineo metálico, quizá un cajón con monedas, o clavos. Le gustaba este espacio amplio y ordenado, más que los laboratorios de biología con los ma-traces chorreados, las tapas oxidadas, la mugre y los típicos excrementos de mosca sobre algunos experimentos olvidados desde cuándo. Aquí las cosas encontraban un sosegado y limpio lugar. Además, aquí se ponía el cuerpo vivo, no animales muertos.

—Son moretones involuntarios, sabes, como de caída en el recreo, pero no sé qué tanto.

—¿Qué tanto qué? —preguntó Carlos, distraído.

Algo rodó por el suelo.

—Qué tanto son involuntarios. Hay alumnos rarísimos, con muchos moretones. Me parece atractivo, aunque sean niños.

Carlos acercó una mesita con ruedas, se puso los guantes. Gala escuchó el chasquido del látex y un calofrío placentero le subió por la columna vertebral.

—Oye, me crucé con tu dentista. Por eso no toqué el timbre.

Gala sentía incontrolables ganas de hablar en cuanto se recostaba sobre la camilla de cuero. Hablar de lo que sea. Las palabras le escurrían por la boca, aun con lo incómodo de la posición.

—¿Ah sí? —Carlos preparaba una jeringa. Le daba golpecitos para sacar las burbujas de aire.

—Sí. ¡Me asustó! Me llegó por la espalda, no lo escuché venir.

—Es muy silencioso... —Carlos alineaba sus instrumentos sobre la mesita, Gala vio de reojo tres martillitos.

—Me enseñó su consultorio, no imaginé que esta casa fuera tan grande. Y su taller de prótesis dentales.

—...

—¿De verdad hay tipos que cambian sus dientes sanos por otros afilados como cuchillos?

—Es una moda —Carlos tomó una jeringa más grande.

Gala giró la cabeza y acomodó su rostro sobre el agujero de la camilla. Miró sin mirar el piso blanco.

—¿Y cuando se muerden la lengua?

—Imagínate. Unos acaban en el hospital.

—Me impresionaron los colmillos puntiagudos... ¿Sabes? Hacen buena pareja ese dentista pelirrojo y tú.

—Gracias.

Gala sintió el primer pinchazo entre sus omoplatos. Apretó la quijada, y lo dejó trabajar.

Veinte minutos más tarde, al despedirse en la puerta, Gala intentó verlo a los ojos. Era imposible. En cuanto alcanzaba el iris azul que tenía enfrente, su mirada era expulsada hacia la periferia amoratada que contenía el globo ocular como en un estuche de terciopelo negro. Los párpados superiores e inferiores de Carlos eran negríssimos y ese color, que bajaba uno o dos tonos hacia el violáceo o el cárdeno, se extendía más allá de la cuenca del ojo, por los pómulos, las cejas y las sienas. Carlos parecía una especie de hombre mapache. Dos puñetazos decorativos, casi circulares y siempre iguales, enmarcaban su mirada y la protegían de la indiscreción de la gente. De lejos, con la luz deficiente del pasillo de la clínica, parecía una calavera, tan blanca era su piel y tan profundamente negras y rebasadas las cuencas de sus ojos.

## IV

LA MÉDICO FORENSE ESTABA SENTADA JUNTO AL ATAÚD, entre los arreglos de flores y velas, con sus mocasines Camper y su camarita digital sobre las piernas. Sus manos colgaban a ambos lados del asiento, atadas a sus brazos cortos, rechonchos e inertes. Gala no la había visto desde su desventura con la policía, pero sabía que era la madre de Carlos.

Recostado bajo el vidrio, Carlos flotaba en otro mundo. Ahora, con sus párpados negros sellados con una gotita de pegamento, su antifaz era impecable, homogéneo, sin la chispa azulada del iris. El hombre que lo mató a golpes, le rompió las costillas y perforó sus pulmones, le dejó el rostro ileso. Lo lucía hermosamente.

Gala sintió las patitas de insecto iniciar el recorrido en círculos por su espalda, entre sus flores secretas, pero con las pisadas más fuertes que de costumbre, como si en lugar de hormigas o cucarachas se tratara de un

destacamento de tarántulas. Precisaba un pellizco, una sacudida, un golpe, algo que la distrajera, con un dolor más preciso y localizado, de esos itinerarios inquietantes por encima de su piel. La médico forense la reconoció e inclinó la cabeza a modo de saludo. Gala le dijo “Perdón” en vez de “Lo siento”. Fue un lapsus inexplicable pero la médico no reaccionó. Se callaron ambas en primera fila del muerto. Dos ventiladores con largas barbas de polvo removían el aire pesado y caliente. Gala clavó su mirada en la caja barnizada, le pareció demasiado elegante y suntuosa para un asesinato callejero a golpes. La hubiera preferido de pino, sin lijar, con muchas astillas que se incrustaran en las ropas y en las manos de quienes se acercaran para llorar. Su mente, ansiosa, volvió al artículo sobre una tribu esquimal leído esa misma mañana. Allá, sobre el hielo, las luchas cuerpo a cuerpo que no culminaban con la muerte sellaban una amistad. Golpear se consideraba un acto íntimo, con nudos imposibles de disolver. Es verdad, pensó ella, los golpes dejan marcas, igual que el amor. ¿Quién golpeaba con tanta precisión, y con tanto amor, los ojos del golpero mismo? Nunca se lo había preguntado. Quizá el dentista de colmillos largos. Ese amante yacía inconsciente en una cama de hospital, con la boca reventada pero vivo.

Fue la policía, decían todos, solo ellos podían atacar así. El aire se preñaba de rabia contra quienes monopolizaban la violencia y eran peores que los delincuentes. La funeraria estaba a reventar. Cada persona que entraba de la calle traía sobre la ropa, el pelo y la piel la temperatura de un verano abrasador. Un chico con el rímel corrido por las lágrimas iba de grupo en grupo para convocar a una marcha de protesta a las cinco de la tarde. En las dos salitas rentadas para velar al golpero, las respiraciones enrarecían el oxígeno.

A un lado de Gala, una mujer contaba que la médico forense había examinado en persona el cuerpo de su hijo. Gala pensó en las fotos. Quizá la médico sacó su camarita y realizó algunas tomas de los golpes sobre el cuerpo de su hijo, para su colección personal. Las gotas de sudor empeoraban la sensación de comezón en su espalda. El olor a crisantemo y gladiola la mareaba y el hacinamiento en el velatorio volvía más recia la sed. Gala no tenía la fuerza para remar entre la gente y alcanzar la máquina de café, al otro lado de la sala.

Había una gran mayoría de hombres de aspecto cuidado, con las cejas

depiladas, del tipo con que Gala se topaba en la sala de espera del golpero. Todos estaban cubiertos de negro, de los pies hasta el cuello. Bajo las vestimentas oscuras, Gala adivinaba los moretones, las marcas decorativas sólo conocidas por Carlos y por ellos. Se rascó con la uña del meñique la saliva seca acumulada en las comisuras de la boca. Su mente acalorada volvía obsesivamente a la tribu esquimal cuya existencia no podía comprobar más allá del artículo escrito por un desconocido, pero que se acomodaba en una lógica perfecta e implacable. En las yermas planicies de hielo, los golpes y el derrame de la sangre caliente debían sin falta convertirse en el sello indisoluble de una hermandad.

A ella le habían retirado los cargos por actos de subversión y violencia contra la policía. No tuvo que pagar por el puñetazo en la nariz porque pudo comprobar que a ella le dieron a su vez una paliza en la comisaría. El cuerpo policial no debe perder la sangre fría, dicta la ley, no puede vengarse con el uniforme puesto sobre una mujer sometida y esposada. Aquella noche en la comisaría, sin embargo, la mujer uniformada que sangraba de la nariz y sus colegas se apegaron a una ley más antigua, más tribal. Había sido un ojo por ojo, un diente por diente. Ahora podríamos ser amigas, esa mujer que golpeé y luego me golpeó, pensaba Gala. Pero ni siquiera le dijeron su nombre.

Cuando no pudo más con la comezón, con el sudor que le corría por la espalda, con la tristeza y el hacinamiento, Gala se abrió paso hacia la puerta, entre las telas oscuras que eran como sudarios y el techo bajo que apisonaba el aire sucio sobre el muerto y los dolientes.

## V

RECIBIÓ POR CORREO POSTAL UNA INVITACIÓN PARA la apertura de una muestra fotográfica en un museo finlandés. Con extrañamiento, Gala tomó entre sus manos el cartoncito diseñado con perfección nórdica. La imagen que publicitaba la exposición era el *close up* de un moretón color naranja con forma de champiñón atómico sobre una piel negra. La médico forense había donado su colección de moretones y le mandaba saludos. El cartón venía firmado a lápiz. Gala no pudo viajar al norte de Europa pero vio por internet

la obra expuesta. Entre los cientos de cuerpos magullados y moreteados, algunos vivos y algunos muertos, encontró una fotografía de Carlos adolescente, de unos once años. Aparecía con el labio roto y un ojo negro, como recién peleado. Gala imprimió la foto y, aunque un poco pixelada, la pegó en una esquina de su ropero, junto al espejo. No explicó nada a la mujer alta y uniformada con quien ahora compartía recámara y destino. Esto le valió un golpe en la espalda, un trancazo delicioso que ahuyentó por un par de horas la comezón permanente que torturaba su piel delicada.



# TIEMPO COMPARTIDO

*Para Alex*

NADIE RECORDABA UNA TORMENTA DE ESTE CALIBRE EN la ciudad, y menos a la hora del cierre de las oficinas. Los más nerviosos se arrancaban los pellejos de las uñas con los dientes y algunas mujeres consultaban el espejo de bolsillo cada cinco minutos para añadir un poco más de blush o rímel a sus rostros; no había nada más que hacer en este despacho sin electricidad. Una secretaria, con el ingenio característico de su gremio, encontró un hornillo de gas donde preparó té para amenizar la hora extra que llevaban todos ahí, en espera del cese de las aguas. Pero el mal humor de ese viernes echado a perder cerraba todas las gargantas.

Félix miraba su taza translúcida, con la manzanilla irremediablemente fría. Digería con dificultad la situación. No podría pasar el fin de semana con sus hijas porque la tormenta había destruido el puente de la carretera a Pueblo Viejo. Tendría que volver a casa con los triques y traques que con tanto cuidado había acomodado en la cajuela de su automóvil esa mañana, como todos los vier-nes. Su mano descansaba como un pulpo sin aire sobre el teléfono. Tuvo que arreglárselas a murmullos con su ex esposa porque sentía que todas las orejas de la oficina estaban atentas a sus palabras amplificadas por el silencio y el ocio. Marina, la madre de las niñas, accedió a quedarse en la casa con ellas, pero, y esto era novedad, con su nuevo novio. Félix no supo discutir, la noticia lo agarró en curva: acusó el golpe y se quedó mudo. Buscó por unos minutos más, aunque ya era demasiado tarde, la réplica ideal y decorosa con que debió externar su comprensión hacia los amoríos de Marina. No la encontró y tampoco importaba: ni en sus años felices supo expresar su sentir y su ex mujer siempre entendió todo al revés.

Revisó una vez más su escritorio. Todo estaba listo para recibirlo el lunes siguiente: el folder con los pendientes numerados según la urgencia, el bolígrafo de semi lujo alineado con los papeles membretados, sus libros de consulta sobre la repisa entre las dos geodas verdes. Eran tres volúmenes gruesos con miles de páginas de leyes y reglamentos que alguna vez intentó memorizar, cuando aún imaginaba que se podía destacar en puestos subalternos como el suyo. El sello de la empresa y el colchón de tinta estaban limpios. Félix había tallado las puntas de todos sus lápices, frotado su goma para dejarla blanca y acomodado los clips en una pequeña caja, todos paralelos. Había pasado el trapo y ahora prefería no desordenar nada. En la oficina cultivaba su fama de pulcritud. Aunque jamás intimaba con sus colegas —quizá precisamente por eso— su instinto le decía que había que mantener a raya las miradas fisgonas que se alimentan de los desperfectos de la gente. Caminó hasta una ventana y se abstrajo en los apuntes desordenados del agua sobre el cristal, fascinado con las gotas que se adherían como bichitos transparentes y de pronto se escurrían a la vertical, hechas la mocha.

A las nueve amainó el aguacero y concluyó el toque de queda. Contrariamente a lo que esperaba, Félix llegó sin dificultades a su casa, tras librar pequeños asentamientos de coches indecisos ante unos charcos sin profundidad. Aún llovía, pero leve. La cancioncita del agua sobre la lámina de su automóvil, y luego sobre las hojas de los árboles y la banqueta, volvía todo más presente, cercano, íntimo. Hacía al menos tres años que no pasaba la noche del viernes en su domicilio y olvidó todos sus víveres en la cajuela. Colgó su impermeable en el perchero de la entrada y guardó su maletín en el clóset de las visitas. Prendió las luces. Percibió unas notas de música, sucias, como de radio mal sintonizada, que no le causaron reacción alguna. Torció el rumbo hacia la cocina, cuya luz estaba prendida y de donde, recordaría después, llegaba el rumor musical. Como en un sueño descubrió a un hombre en su cocina.

—¡Félix! ¿Qué haces aquí?

No supo qué responder ante la pregunta del desconocido que cocinaba en su estufa entre mucho vapor y un delicioso aroma a guisado.

—Por favor ¡siéntate! —el individuo se limpió las manos sobre su delantal con movimientos precipitados—. Me llamo Gabriel —extendió la mano en el aire pero la retiró de inmediato— ¿Gustas un vaso de agua?

No, Félix no quería un vaso de agua. Estaba paralizado ante el extraño que ahora se estrujaba las manos y lo miraba a él, Félix, el dueño de la casa, como una aparición fantástica y de pésimo augurio. Por un momento, sintió que había interrumpido sin querer una escena íntima que pertenecía a un mundo paralelo. Como si el individuo estuviera ahí desde siempre y fuera él, Félix, quien se hubiera equivocado de cocina. Sin embargo, eran sus azulejos en el piso, su bolsa de café sobre la re-pisa y su refrigerador Whirlpool.

—Soy un casi vecino —empezó a contar Gabriel—, y me albergo aquí los fines de semana porque no tengo adónde ir.

Sus manos grandes y blancas se abrían y cerraban en busca de palabras. Con atropello, Gabriel expuso los detalles de su caso como quien se entrega a un juez severo e imparcial. Era el cuidador a domicilio de un anciano al otro lado de la calle, pero sólo de lunes a viernes. Los fines de semana llegaba la hija y él tenía que irse a descansar a la fuerza. Pero no tenía adónde. Alojarse en un hotel o pensión era gastárselo todo, y además estaba ahorrando para comprarse un cuartito de azotea. Todos los viernes veía cómo Félix acomodaba su maletita y víveres en la cajuela del automóvil. Lo miraba volver el lunes por la noche, después del trabajo. Un día fue testigo de cómo metía al coche un peluche gigante que apenas cupo, a presión contra las ventanas, y eso había sido como una señal.

—El cumpleaños de Leonora —reconoció Félix— hace más de dos años...

Sin pensarlo, Félix se había sentado a la mesita de la cocina. El cansancio de la semana pesaba sobre sus hombros, le curvaba la espalda. Gabriel resultaba un buen narrador, su voz era agradable, entretenida. Era joven y al mismo tiempo calvo. En la estufa, la comida se cocía a fuego lento y olía muy bien. Félix se percató de que tenía hambre.

—¿Sabes que podría llamar a la policía? —espetó de pronto. Se sentía herido, quizá por saberse observado, por el detalle del peluche. Deseaba que el intruso se fuera de una buena vez.

—Perdóname por esta sorpresa quizá desagradable —dijo Gabriel—. No tengo ninguna mala intención. Nunca en mi vida he robado nada. No llames a la policía, por favor, ya me voy.

En una gran bolsa de tela comenzó a guardar sus cosas, un salero, un par de cucharones y un juego de cubiertos que estaba sobre la mesa, junto al codo

de Félix, que no se movió. Apagó la radio, la desconectó y la hizo desaparecer. Creció al instante el rumor de la lluvia tras la ventana empañada.

—Félix —Gabriel se detuvo un momento—, por favor piénsalo, no hago daño, dejo todo exactamente como lo encuentro, al milímetro; de hecho, no toco nada, traigo todo lo que necesito: mi papel de baño, mi bolsa de dormir, todo. Jamás entro a tu recámara —ahora Gabriel vertía el contenido de una sartén y de una pequeña olla en un plato—. Te dejo esta comida, espero que la aceptes.

Félix no respondió, se concentró en su cansancio, en las ganas de que el individuo se desvaneciera de su mundo tan rápido como había llegado. Seguía mecánicamente con los ojos los gestos del intruso que enjuagaba sus utensilios, pasaba un trapo por la estufa y el fregadero, y terminaba de empacar.

Gabriel tomó su costal y se mantuvo unos segundos con la mirada fija en las baldosas de la cocina.

—Si no quieres que vuelva, deja una luz prendida en la sala. La veré desde la calle el viernes por la noche, y comprenderé.

Félix no distinguió cuando Gabriel cerró la puerta de la calle tras de sí. Al fin respiró a profundidad: estaba solo de nuevo en su casa. Probó la comida que le habían dejado sobre la mesa. Era un platillo vegetariano que le supo delicioso. Cuando estuvo bien saciado, se preguntó si había actuado correctamente.



La silueta del intruso lo importunó todo el fin de semana. Dentro de la casa, se le aparecía hasta en el baño, revelán-dose de pronto detrás de las cortinas de la regadera y pegándole un susto. Además, Félix ya se había desacostumbrado a tener todo su tiempo de sábado y domingo para sí, de modo que no logró descansar a fondo. Aun cuando pasó el sábado entero en cama, estuvo preocupado e indeciso, mirando películas de reojo, completamente incapaz de seguir la trama. El domingo se fue en taxi hasta el centro de la ciudad. Ahí se distrajo un rato con las dinámicas de las familias; en casi todas había un niño haciendo berrinche o una esposa poniendo mala cara ante el marido anonadado. En las calles atestadas, las manadas humanas

se empalagaban con helados y crepas, posponiendo de manera colectiva la hora de volver a casa y librar las batallas privadas del baño, del cepillado de dientes, del volumen de la tele. De pronto creyó ver a Gabriel saliendo de una tienda de juguetes, pero no, no era él, se trataba de otro señor con tres hijos y mujer a la zaga. No quedaba huella de la tromba del viernes, salvo quizá el brillo más decidido del aire y la vitalidad de la gente, espontáneamente más briosa después de un cataclismo climático.

Una señora chaparrita lo jaló de la manga para pedir limosna. Félix buceó con la mano dentro de sus bolsillos para sacar unas monedas, con el sentimiento incómodo que generan estas escenas. Eran monedas arrojadas al pozo sin fondo de la pobreza, tan ineficientes como las que yacen cargadas de deseos en las fuentes. La mujer se alejó sin decir gracias, sin siquiera mirarlo, con un niño prendido a sus enaguas. Así era mejor, hubiera opinado la madre de Félix, que todos los domingos daba su limosna en la iglesia. Estaba convencida de que jamás debían verse la cara quiénes dan y quiénes reciben, que la única ayuda genuina era anónima, y lo demás vanidad. En sus últimos años, con la pérdida del oído y el aislamiento, su vieja madre sufrió de incontinencia verbal y se hizo de un auditorio invisible para acompañar su soledad. Conversaba ampliamente con sus fantasmas, y lo hacía de manera encantadora, con mucha deferencia hacia sus escuchas transparentes. “¿Cómo sabes que se interesan por tus cosas de humana, madre?”, preguntaba Félix de camino a su recámara. “No lo sé, hijo, pero tienen la libertad de irse sin ofenderme, puesto que son invisibles”. Y añadía: “A mí ellos no me molestan porque ni los veo ni los escucho, y no hay que darles de comer”.

A su vuelta a casa, Félix no halló novedad. Sus hijas atendieron su llamada telefónica con *síes* y *noes* distraídos, absortas en quién sabe qué videojuego. Cenó los cereales que había comprado para ellas y, al echarse a la cama y prender la tele, supo que su decisión estaba tomada: Gabriel se podría alojar ahí los fines de semana. Ya le dejaría una nota si había un cambio de plan. Con esto en mente, durmió más tranquilo.



El siguiente viernes por la mañana, Félix salió con su maleta de siempre. Apagó la luz de la sala para dejar el campo libre a su huésped, según el

código establecido. Durante la semana quiso instalar una cerradura en su recámara pero no se atrevió, le parecía demasiado rudo el gesto. Gabriel no tenía por qué ir a su cuarto ni él por qué sospecharlo. Hizo, sin embargo, un experimento: arrugó su cobija y sábanas de un modo particular que memorizó. Si alguien se recostaba sobre la cama, lo notaría enseguida. Como no queriendo la cosa, echó un par de miradas furtivas pero inútiles hacia los edificios del otro lado de la acera. Nada, nadie en las ventanas. ¿Desde dónde lo observaban?

Después del trabajo, antes de enfilarse hacia Pueblo Viejo, no resistió a la tentación de pasar en coche frente a su casa. Le parecía gracioso ver su domicilio habitado desde afuera, como si fuera de otro. Para su gran decepción, las estancias que daban a la calle se encontraban oscuras. Si Gabriel estaba en la cocina, no había manera de saberlo. Pero era agradable pensar que alguien cuidaba el lugar en su ausencia. Él, por su parte, iba a ocupar la casa de Marina en Pueblo Viejo mientras ella se refugiaba en la de su nuevo novio. Era un enroque general.

El lunes por la noche, al volver del trabajo con su maleta de ropa, se encontró con las arrugas de las cobijas intactas. Ni un indicio del paso de Gabriel. Observó con atención su sala. Le pareció triste, con las dos mesitas sin ornamento y, sobre la pintura de las paredes, los recuadros más claros que dejaron los muebles que se llevó Marina a Pueblo Viejo. En el cuarto de las niñas, las dos camitas seguían tendidas con sus colchas rosas y, aunque perfectamente limpias, emitían un olor rancio a abandono. En una repisa de la habitación, convivían un perro y un lobo de peluche que por descuido se habían quedado atrás y que Elodia, la señora de la limpieza, había acomodado ahí.

En la semana se trajo de la oficina una pequeña reproducción de los *Nenífares* de Monet que le había regalado su jefe en su primera Navidad. Sacó de un pequeño desván un par de decoraciones: un florero azul y una canasta con frutas de papel maché. Le gustó tanto el toque que le daban a su sala que se acomodó en un sillón para disfrutar, como si fuera su propio invitado. Hacía años que no se sentaba en esa sección de su casa, debía usarla más. Puso un poco de música y sus ojos se posaron pensativos en el espacio alfombrado entre el sofá y la consola; concluyó que Gabriel dormía en ese espacio, era lo más lógico. Al fondo del desván encontró también su colección

de latas de refresco, su gran tesoro de adolescencia. Hasta muy tarde esa noche desempolvó cada ejemplar y acomodó la colección completa en la recámara de sus hijas. Se las enseñaría un día. Abrió un jabón de tocador nuevo para el lavabo de la entrada y se delectó en la armonía de su domicilio.

Los lunes siguientes tampoco pudo detectar a ciencia cierta el paso de Gabriel. Pero en cuanto desapareció un sobre con billetes de su cajón de la recámara, se maldijo por ingenuo y planeó todos los detalles de la captura y encarcelamiento del ladrón. Hasta que encontró el fajo de billetes en otro cajón. Aun así, las siguientes veces que extravió un objeto —por ejemplo, el control de la televisión o el encendedor de la estufa—, Félix urdió largas confrontaciones con Gabriel hasta hallar, un par de horas o días más tarde, el objeto en el sitio donde él mismo lo había olvidado. Elodia, la señora de la limpieza, quedaba fuera de sospecha por existir desde siempre. Todos los miércoles por la mañana le dejaba dinero y por la noche encontraba la casa rutilante. Muy rara vez, en la mesita blanca de la cocina donde le dejaba el sueldo, hallaba una nota sobre algún producto de limpieza que hacía falta o bien un aviso de ausencia.

Sobre la misma mesita Félix dejó una nota para Gabriel, unos nueve meses después de que se conocieran en la cocina. Le anunciaba la visita excepcional de sus hijas el siguiente fin de semana. Félix exultaba con la perspectiva de tenerlas en casa: compró sábanas nuevas, más peluches y un juego para construir castillos. Había en la ciudad un espectáculo navideño sobre hielo que traía vuelta loca a la infancia nacional, y Marina, por primera vez, había accedido a prestárselas fuera de Pueblo Viejo. Para Félix era un estreno, y cruzaba los dedos para que se volviera más frecuente. Si Gabriel leyó su mensaje, no lo dejó ver de ningún modo, salvo por que no se apareció el viernes indicado. Aunque apreciaba la discreción y natural delicadeza de Gabriel, Félix hubiera preferido alguna señal de su parte.



A las 9 de la mañana del sábado, el automóvil de Marina se aparcó frente a su puerta y salieron disparadas a sus brazos dos niñas emocionadas. Marina se apeó para pedirle que tuviera mucho cuidado con las preguntas de las pequeñas. Las dos conservaban recuerdos precisos de la casa, aunque

hubieran salido de ahí tan jóvenes, antes incluso de que la más chiquita hablara. Leonora, la mayor —le informó Marina—, había tenido pesadillas en la semana. Ambos recordaban aquella noche de alaridos en la sala, cuando querían matarse el uno al otro, y el descubrimiento —demasiado tarde— de la niña de cuatro años en el marco de la puerta. Tras más recomendaciones inútiles del tipo “quiero que vuelvan con sus cosas completitas”, Marina, que había insistido en traerlas personalmente para verificar que todo estaba en orden, no se tomó la pena de entrar: arrancó y desapareció en el viraje de la esquina. Las niñas, con una mano sobre el asa de sus maletas y con la otra en el aire, hicieron largos signos de adiós desde la banqueta, incluso cuando la calle quedó vacía.

Antes de seguirlo hacia la casa, Leonora quiso saber cómo se llamaba el árbol con flores rojas que crecía justo enfrente de la puerta. “Nochebuena”, dijo Félix, mirando con algo de sorpresa el arbusto de nochebuena cuyas flores ese año eran casi del tamaño de una cabeza. Había varios arbustos del mismo tipo en las banquetas de la colonia, plantados por quién sabe qué entusiasta de la Navidad, pero se daban mal. Eran enjutos, bajos y descoloridos. Sólo el ejemplar frente a la casa de Félix relumbraba sobre el fondo de cielo plateado. Una señora con un perro se detuvo junto a ellos mientras Félix atajaba el gesto de la más pequeña de sus hijas, que pretendía arrancar una de las flores.

—Qué hermosa su nochebuena, señor —dijo—. Le han hecho mucho bien los cuidados.

—Gracias —respondió Félix—. ¿Qué cuidados?

—Los del otro señor.

—¿Qué señor, papi? —preguntó Leonora.

—Un señor que vive en la casa de tu papi y cuida la planta.

—¿Hay un señor en la casa, papi?

—No. No hay nadie en la casa, Leonora, solo papá —dijo Félix acariciando la cabeza de su hija. Miró a la señora con cara de muy pocos amigos.



Para las niñas, todo era nuevo y bello en la casa. La colección de latas de

refresco fue un *hit*, querían saberlo todo de cuando Félix era un niño que las juntaba. Decidieron sacarles brillo —aunque se aburrieron después de tallar con agua las cinco primeras— y luego construyeron una pared con ellas. En estas actividades se les fue el día hasta la hora del espectáculo. Por la noche, al volver, Félix se sentó en el borde de la cama de cada una para remeter las sábanas y platicar un poquito antes de apagar las luces. Las dos abrazaban sus nuevos peluches y la más pequeña se había traído una manzana de papel maché de la sala. Parecían ardillitas, colectando objetos para amenizar sus pequeñas madrigueras.

Leonora tenía miedo de dormir. Le contó a su padre de sus pesadillas en voz baja para que su hermana no la escuchara —por fortuna, la chiquita ya dormía porque esos susurros infantiles eran más fuertes que una conversación a voces—. En sus sueños un hombre muy grande y muy fuerte entraba a la casa para robársela, golpeaba primero a su mamá, quien trataba de defenderla, y a ella se la llevaba en una bolsa oscura. Tres veces había soñado con ese raptó terrorífico. Félix lo interpretó de inmediato en clave freudiana, aunque no estaba seguro si era él mismo o el novio de la madre quien figuraba de ladrón de niñas. A su hija le aseguró que él sólo sabía de ángeles que visitaban a los humanos y que el señor de sus sueños seguramente quería invitarla de paseo para enseñarle algo muy bonito, como caminar sobre las nubes y ver el planeta desde arriba, o llevarla a conocer a niños de otros países. El miedo, le explicó, transforma las cosas y la manera en que las ves, y eso sucede sobre todo en los sueños. Con las manos Félix alisaba las sábanas en torno al cuerpecito de su hija, que lo miraba muy seria, con ganas de creerle. “Todo depende de cómo acoges a tus visitantes, Leo, si los escuchas primero, si eres generosa con ellos, verás cómo cambia todo y nadie te hará daño”, y se inventó al vuelo un cuento sobre un ángel que había llegado disfrazado de pordiosero a la puerta de la casa. “Sí, a esta misma casa, y no te imagines que fue hace mucho, aún lo recuerdo muy bien”. Félix narraba los pormenores de cómo había descubierto las alas bajo la camisa llena de agujeros del visitante cuando escuchó un pequeño suspiro y luego la respiración más fuerte y regular de su hija dormida. Alisó una última arruga en la sábana y se fue a sentar en la sala, a oscuras, disfrutando cada minuto de esa noche magnífica. Se puso de pie y se asomó a la calle. Bajo la ventana, el arbusto de nochebuena se mecía suavemente, como si lo saludara. Le había mentido a Leonora, lo sabía. En

otro momento le explicaría que no se puede confiar en absolutamente todos los extraños, pero esta noche valía la pena creerlo.



# TEATRO DOMÉSTICO

LA CASA DE VICTORIA ERA MÁS AMPLIA QUE LA DE ANSELMO, así que se convirtió en la sede para la vida en común de la pareja. Él se resistió un poco, pero tuvo que rendirse ante la contundencia del argumento económico. La casa de Victoria era propia y aunque no tenía sala contaba con una cocina-desayunador grande y cabían dos coches sobre el jardincito cubierto de cemento. Con el ahorro de la renta de Anselmo, comprarían otro Tsuru, quizá incluso un Jetta, y se irían de vacaciones al mar. Victoria había hecho los cálculos sobre papel y ahora ambos soñaban casi rabiosamente con las olas. Anselmo abandonó su cuarto al fondo de una vecindad y llegó con sus bultos y un par de muebles un domingo por la tarde adonde Victoria. Es poca cosa lo que un obrero solitario acumula si labora de sol a sol, aparte de los callos en las manos y una buena dosis de rencor. Un amigo transportista con el que tenía tratos le ayudó con la mudanza: viajaron en un camión de volteo y se tomaron unas caguamas bien frías nada más llegar. Ambos sudaban agrio por las axilas y tenían manchado el cuello de sus camisetas. Victoria acomodó los banquitos de madera de su novio en un rincón de la cocina, junto a unos estantes recién pintados de blanco. Dijo que la zapatera de Anselmo iría en el pasillo porque no cabía en la recámara, y que además así no apestaría el cuarto. Anselmo no rechistó. Estaba concentrado en desenrollar cuidadosamente la cobija que protegía sus juegos de mesa. Qué jotería, opinó el amigo transportista, ¿cómo que Monopoly y Turista Mundial, cabrón!? Victoria, que buscaba dinero en un cajón para ir por más cerveza, ahogó una risita. Contó que Anselmo se ponía a jugar solo por las noches. Ese amigo del camión le estaba cayendo bien. Si serán putos los vatos de provincia, concluyó el amigo con la cara roja.

Anselmo esperó a que Victoria regresara y a que los tres vasos estuvieran

servidos para sacar su portarreóólver de otro bulto. Acarició frente a su amigo y mujer el cuero pulido que resguardaba el arma, luego se sentó de nuevo a la mesa y se tomó de un trago la bebida burbujeante. La verdad es que no había hombre en este país dispuesto a dormir sin una pistola bajo el colchón, y hasta Victoria guardaba una Colt de su lado de la cama *queen*. Nada dijeron al respecto. En esta casa se las verían negras los ladrones, es todo. A las nueve y media se bebieron entre los tres el sexto y último caguamón.

Esa noche, exhausto por la mudanza y abotargado por la cerveza, Anselmo roncó como un puerco ante los ojos brillantes de Victoria. Ella sufrió de calor toda la noche y tuvo que masturbarse para conseguir el sueño. Al día siguiente acomodó una pequeña jarra de agua sobre cada buró, a ambos lados de la cama. Se sintió ama de casa, femenina, procuradora.

## I. La recámara

LA SEGUNDA NOCHE NI SIQUIERA CENARON. EN CUANTO volvió Anselmo, se arrojaron a la cama y se devoraron. Por la mañana, otra vez. En el jaleo, el pie de Victoria pegó contra una jarra que se hizo añicos sobre el suelo. Se rieron como criminales. Siguieron con el amor, con la enjundia. Más tarde, al levantarse, Victoria pisó un vidrio filoso. Anselmo lamió la sangre. Ella se sorprendió con la excitación que le provocaba que el hombre chupara cada uno de sus dedos deformes. Tiempo después, mientras ella miraba el plafón de tirol, aún envuelta en la pequeña ebriedad del orgasmo, Anselmo barrió el vidrio; pero barrió mal, probablemente hasta lo hizo a propósito. Dos días más tarde Victoria se encajó otro vidrio en el talón. Aunque sucedió una misma escena chupa pies, seguida de una fuerte penetración, ese vidrio en el talón la dejó coja un buen rato y, en el fondo, un poco irritada con el descuido del marido.

En las pugnas de pareja no cuentan las batallas a medio sueño por las sábanas y la cobija, aunque siempre revelen quién es más gandaya por naturaleza. Un día de cada tres, Anselmo amanecía tiritando, sin nada que lo recubriera. Tampoco cuenta como violencia el hecho de darse la vuelta y quedarse dormido, o pretenderlo, ante el apetito sexual del otro. Aunque eso

ya es jugar un poco sucio. Pero sí cuentan los actos premeditados, como el despertador que Anselmo siempre ponía en *snooze* para que ella también probara la ingratitud de amanecer dos horas antes de su hora. Contaba el televisor encendido con que Victoria acompañaba sus largos insomnios. Cuando abría los ojos en plena noche, Anselmo descubría pornografía en la pantalla. Otras veces, los pies fríos de ella lo sobresaltaban en la oscuridad, como pececillos asquerosos.

Después de un mes de convivencia, Victoria se volvió a clavar un vidrio en el pie. ¿Lo habría colocado él? Anselmo acercó su boca brillante y chupó su dedo gordo, lo calentó con la lengua. Cuando soltó su primera presa e intentó coger el dedo siguiente, Victoria sintió cosquillas y soltó una patada involuntaria directo a la boca. Pero no hubo escena de perdones: con o sin sangre, el sexo era ya una cosa fría. Esa mañana se apagó la cama, se prendió el baño.

## II. El baño

AHÍ DONDE LOS CUERPOS SE VACÍAN Y SE LAVAN, BAJO LA bombilla de 70 watts que pendía de un alambre, era un cuarto para estar a solas, tranquilamente. Sin embargo, las prisas diarias los hicieron pisarse los talones. Anselmo tardaba demasiado. Pasaba eternidades bajo el chorro de agua hirviente, quince minutos, a veces hasta veinte. Victoria en ocasiones no aguantaba y entraba a la ducha mientras él todavía se afeitaba. Se lavaban en silencio. Un día, con el cuerpo cubierto de jabón, Victoria abrazó a su novio por la espalda, se pegó a sus nalgas y lo empujó como embistiéndolo. Anselmo se cortó la mejilla. Fue culpa de ella. Cogieron como brutos, desesperados pero valientes, mientras el chorro diluía la sangre y se la llevaba por debajo de sus cuerpos hacia la coladera.

Victoria a veces se encontraba a Anselmo sentado sobre el piso de azulejo de la ducha, pensando bajo el agua como bajo una lluvia copiosa y buena. Entonces se dirigía a la cocina para lavar los trastes con agua muy caliente y darle un golpe sorpresa de agua fría a Anselmo, en la ducha. Si él reclamaba, Victoria se hacía la inocente: repetía que se olvidaba de la mecánica estúpida

de las tuberías viejas. Hasta que Victoria recibió un mazazo de agua fría sobre la cabeza, y supo que Anselmo también lavaría los platos como ella. El baño era tan estrecho que apenas cabían regadera y escusado. Cuando él se sentaba a cagar con la cara entre las manos, sus rodillas casi pegaban con la puerta. Victoria siempre entraba sin tocar, con mucha fuerza pegaba contra sus piernas. Pero no había reclamo: en el baño casi no se hablaban. Gobernaba el silencio.

Se cortaban mutuamente el pelo para ahorrarse el dinero. Victoria manejaba las tijeras con habilidad sobre la cabeza cuadrada del hombre, rodeaba con cuidado las orejas, pero en la coronilla siempre le cortaba un mechón a ras, sin decir nada. Él, en cambio, le dejaba el cabello y el pubis perfectos. Le arrancaba los pelos de la ingle con la mano, para dizque que no crecieran. Al principio ella gritaba, pero con la costumbre dejó de dolerle y comenzó a abrir más y más las piernas para que él la oliera.

Un día sucedió algo imperdonable. En el espejo del lavabo, Anselmo se ajustó la toalla a la cintura e hinchó su pecho vigoroso, de pezones negrísimos. Victoria se colocó a su lado en el reflejo y comenzó a untarse aceite en los brazos, los senos y el ombligo. Cruzaron miradas por un rato, sin parpadear. Victoria hizo boca de pato con sus labios pintados de rojo. De pronto, para su sorpresa, Anselmo desapareció del cuadro del espejo. Victoria intentó en vano apagar sola su fiebre contra la loseta, se arrastró por el piso, aplastó sus pechos flácidos contra las paredes frías. Luego se acurrucó entre el lavabo y el wáter, lloró y gritó y pidió gracia: Anselmo hijo de la chingada, desaparece de mi vida o cógeme como dios manda. Pero Anselmo ya se calzaba los zapatos, eran casi las ocho; dos minutos más tarde, azotó la puerta de la calle. En el baño, él era el más fuerte: era menos sensible al vapor que abre los poros, distiende los tejidos y calienta la cabeza.

### **III. La cocina-desayunador**

VICTORIA LANZÓ UNA OPERACIÓN DE RESCATE EN LA COCINA-desayunador. Sería lindo que todos los miércoles hubiera cena, que todos los miércoles se enamoraran, todos los miércoles, dijo Victoria, en los cines hay

*dos por uno*. Escogieron los miércoles porque los fines de semana todo se dificultaba por culpa de las nenas. Él tenía dos hijas de una relación intermitente y pasada; ahora había que ocuparse de ellas mientras la madre descansaba, decía Anselmo, o se iba de puta, decía Victoria. Ella opinaba que una de las niñas no era de él, pero lo dijo una sola vez, porque la cachetada de Anselmo casi le disloca la quijada. Ella tenía un vientre inútil, lo sabía tras dos abortos naturales y una advertencia médica. Los fines de semana, mientras Victoria miraba la tele, él llevaba a sus hijas por helado, al centro o a la feria. Aun así, cuando el cansancio tensaba las cuerditas finas del ánimo, la niña grande empezaba con los reclamos y la pequeña lloraba sin razones conocidas. Cuando Anselmo volvía a casa los sábados y los domingos, se sentaba en silencio a la mesa del desayunador y abría su Monopoly. Juntaba muchas casas, muchos edificios, era rico y poderoso, con un futuro y una herencia.

El plan era que los miércoles cocinaran juntos. Quizá ella sacó esa idea de la televisión, o se la dijo una compañera de trabajo. Era importante la participación de ambos, insistía Victoria, porque nada de que Anselmo se sentara a esperar; no podía haber ningún guiño, eso estaba claro, a los días en que ella le tomaba la orden, cuando su propina dependía del escote, de su buena pierna y del buen humor de los hombres sentados a la mesa. Bola de cabrones, y tú el mayor de ellos. La mañana en que Victoria le derramó el café sobre la cabeza y todos los amigos aplaudieron, ellos dos empezaron a enamorarse.

Los miércoles por la noche habrán de esforzarse, porque la soledad era peor que la muerte. Y además estaba el coche, y la vacación en el mar que ninguno conocía. Se repartían las tareas desde el lunes: esta semana te toca inventar la receta, tú pasas por la compra, yo te ayudo en la cocina. O yo preparo las bebidas y lavo los trastes, pero tú recoges, y el miércoles próximo hacemos a la inversa. Tú empiezas, Anselmo.

El primer miércoles comieron un basa al ajillo que les quedó exquisito. Él fue hasta la central de abastos para que lo filetearan en su presencia. Ese pescadote estaba casi vivo, le temblaban los bigotes, contó Anselmo en la cocina. La carne blanca se fundía sobre la lengua, y era tan aromática que la nariz les picaba y los hizo beber mucho. Anselmo mordisqueaba la oreja de Victoria cuando iba por las tortillas del comal. Bebieron ron con coca, y se

rieron, se les soltaron las lenguas, y dijeron muchas cosas que luego olvidaron. Cuando Anselmo sentó a Victoria sobre la mesa y la penetró casi a la fuerza, la botella de ron semi vacía perdió el equilibrio y se hizo trizas sobre el suelo. Ambos miraron de reojo, entre una y otra ola de placer, el alcohol que brillaba entre los vidrios.

La mañana siguiente, antes de salir a trabajar, Victoria luchó demasiado para limpiar las sartenes. Le reclamó por la noche que debía usar más aceite, no dejarlo todo chamuscado. Anselmo ya había barrido, pero Victoria descubrió un pedazo filoso de vidrio detrás de una pata de la mesa.

Anselmo y Victoria eran silenciosos en el trabajo, casi mansos. Para cobrar la quincena, se formaban en la caja con la cabeza gacha, era mucha la humillación con que trocaban sus tantas fuerzas por tan poca paga. La vida les debía. Sobre todo por las noches, sobre todo los miércoles.

Victoria pedía cortes muy finos en la cebolla, el ajo, el chile, el jitomate, para ella nunca nada estaba bien cortado. Aquel miércoles le devolvió la picadura al marido: Anselmo, ¡lo necesito más fino! Anselmo cortó a ciegas, porque la cebolla lo hacía llorar, y casi pierde la punta del dedo. Victoria primero chasqueó con la boca, molesta. Luego se preocupó y apagó el fuego para atenderlo. Le apretó la herida hasta detener el sangrado, y luego lo vendó. Sin embargo, quedó un resentimiento, o eso creyó ella.

El ron nunca faltaba, ningún miércoles. Lo que se perdió fueron las palabras. Una noche, Anselmo freía unas papas mientras Victoria marinaba las costillas. Había que diluir el Knorr en una cucharada de vinagre. Aguada con eso, ¡no tanto!, reclamó Anselmo que estaba al mando, y luego se fue unos minutos al baño. Cuando volvió ella zarandeaba su sartén sin su permiso. Al arrebatárselo, la quemó, y se enojaron tanto que no hubo cena.

El siguiente miércoles se aventaron los platos a la cara y Victoria agarró un cuchillo porque de pronto tuvo miedo. Anselmo se carcajeó: Aguada morenita, y le torció la muñeca para desarmarla.

Anselmo junta una tanda final de pertenencias en el vestíbulo de metro cuadrado que separa cocina, recámara y baño. Afuera, detrás de la puerta cerrada, lo espera el camión de volteo con el motor encendido. No es el desenlace que esperaban. Victoria tiene mal carácter, lo sabe. Sin embargo, está convencida de que todo ha sido culpa de él. Mientras Anselmo recorre

una última vez el espacio en busca de objetos olvidados, Victoria masculla entre dientes: No volverás nunca. Lo dice demasiado bajo y él no la escucha. La pistola de Anselmo reposa en evidencia sobre la cobija que envuelve los juegos de mesa, está en su funda de cuero. La Colt de ella, en cambio, está fajada entre su blusa y el pantalón.

De último momento, Victoria se interpone entre los bultos y la puerta. Si Anselmo quiere salir, tendrá que empujarla. Victoria extraña las heridas de sus pies y la lengua de él. Quiere ver sus pezones negros y viriles. Pero el terco de Anselmo avanza hacia la puerta y extiende el brazo sin medir las consecuencias.



# SÁBADO EN FAMILIA

*Para Elvis*

SE QUEDÓ CON LOS ADULTOS, SIN FUERZA PARA SUMARSE al juego de balón con los demás niños. Estaba sentada en una enorme silla de fierro donde ella, Laila, cabría tres veces. Imaginó por un momento a la triada de Lailas alineadas muslo con muslo en ese asiento de jardín diseñado para un obeso, observando con seis ojos hambrientos cómo sus padres y los amigos de sus padres consumían sin contar las aceitunas, las galletas, el mousse de cilantro y los panes con queso. Se reían tan fuerte que Laila sospechaba que lo hacían para disimular las cantidades de comida que se zampaban entre broma y broma y no para mostrar su buen humor. Ya iban a dar las tres de la tarde y los hijos de los anfitriones aún no aparecían en la amplia terraza donde se servía el aperitivo. La señora de la casa había confirmado su asistencia, así que Laila se mantenía muy atenta. Encontrarse a los hermanos Sánchez-Pont aquí, en la familiaridad de una reunión entre pares, la excitaba. No era una excitación como la que se provocaba al montarse sobre la punta de su almohada, sino una especie de comezón más arriba, a la altura del estómago. Eran, y lo sabía, las ganas de que estos chicos más grandes y tan populares en la escuela la reconocieran, la miraran con más cuidado y pensaran que era linda. Era el único chiste de venir a esta comilona con sus padres y hermanos en vez de quedarse en su cuarto a fumar cigarros a escondidas y tumbarse luego sobre la cama, aturdida por el humo.

Al llegar, un par de horas antes, participó en la exploración colectiva de la casona liderada por el anfitrión. Con la labia mareadora de los que ganan dinero, el señor Sánchez-Pont los obligó a admirar la arquitectura, obra de un prestigioso artista cuyo nombre Laila apenas intentó memorizar. Su cerebro le

fallaba, se quedaba en blanco, se iba trasmutando en algodón. Era tan delicioso no pensar en nada, pasar por el mundo flotando. El señor Sánchez-Pont presumió cómo había allanado el ego del arquitecto español, cosa difícil justamente porque era español, para mejorar el diseño del espacio y hacerlo más amplio. Guió a la comitiva por los salones de la planta baja repletos de objetos robados a civilizaciones lejanas, situadas a muchas horas de vuelo. La iluminación corría a cargo de un italiano de nombre complicado que convirtió la residencia Sánchez-Pont en una especie de museo del horror. En nichos y mesas, bajo luces dramáticas, brillaban decenas de ojos de concha nácar y el cabello lustroso de unas cabezas casi humanas; había falos de piedra y barro, mujeres de terracota con las tetas caídas y las panzas colgantes, o con las piernas abiertas, sacándose bebés del útero con las manos. Aver-gonzada, Laila miró de reojo a sus hermanos, pero ellos jugaban a pisarse el talón de los zapatos sin prestar la menor atención a los penes expuestos y las figurillas desnudas. Luego visitaron la cava de vinos cuyo microclima estaba regulado por termómetros, barómetros y humidificadores. Cientos de botellas yacían sobre sus camitas individuales de arena gris. El vino era sin la menor duda el responsable de las venitas reventadas en los cachetes del señor Sánchez-Pont. Para concluir, recorrieron todos los niveles de un jardín que descendía por terrazas con flores hasta la cañada.

El paseo agotó sus fuerzas como una vuelta completa al mundo. A falta de desayuno, Laila sentía frío en todo el cuerpo. Paralizada por la hipoglucemia al centro de su silla de fierro colado, Laila fantaseaba con pechugas de pollo hervidas. Se distraía imaginando la carne blanca y humeante que cada minuto se le antojaba más. A medida que el hambre arreciaba, estas pechugas se convertían en su único deseo y sustituían las ganas de ver a los hermanos Sánchez-Pont. Pidió un té con Splenda a una de las criadas para engañar al hambre un rato más. Justo cuando solicitaba un sobre extra de edulcorante, descubrió a dos metros suyos a una señora desconocida y tan flaca que parecía calaca. Se mantenía de pie bajo el sol, como si tra-tara de calentarse, apartada de las mesas con los aperitivos. Nunca la había visto. Quizás había llegado mientras hacían el *tour du propriétaire* con el señor de la casa. El cabello oscuro y rígido que portaba a modo de casco en torno a su cara blanquísima, y su vestido negro estilo Chanel, distinguían a esa señora de los demás adultos, todos con su indumentaria dominguera de club de yate, bastante ridícula en la

ciudad.

La banda de niños llegó al ataque de los canapés.

—¡Niños! Agarren los panes uno por uno —amonestó su madre.

—¿Escucharon? —chilló Martha, una señora con cuatro hijos, dos de la edad de sus hermanos y dos más pequeños.

Su hermano Jorge comenzó a pasarle un pan con queso frente a las narices como avión.

—Deja a tu hermana en paz —espetó su mamá.

Jorge volvió al ataque en cuanto su madre se distrajo y estacionó el pan frente a la boca de Laila diciendo: *miam miam*, rico rico.

Laila le soltó un golpe en la cabeza y Jorge empezó a gritar.

—¡Jorge! Ya sabes que tu hermana está muy sensible. Laila, ¡tienes prohibido tocarlo!

La gente se volteó hacia ellos con una sonrisa diver-tida.

—¡Está a dieta! —acusó Jorge alto y fuerte para que todos escucharan.

De la vergüenza, Laila le arrancó el pan y lo mordió frente a todos. Masticó muy lento, con los ojos entrecerrados como si lo disfrutara al máximo. La realidad era que no se resignaba a tragarse el asqueroso bolo de queso y harina. Esperó casi un minuto sin mover la quijada, con la comida atrapada entre el paladar y la lengua, y luego se levantó de lo más natural al baño donde escupió todo en el excusado. Se quedó mirando los jaboncitos de colores y el bonche de toallitas enrolladas que se usan una sola vez y luego se tiran en un cesto bajo el lavabo. Su cara se veía normal, con las mejillas hundidas y los pómulos sobresalientes que le daban carácter.

Su padre la esperaba afuera del baño para preguntarle si estaba bien.

—Muy bien papi, ¿por?

Al salir a la terraza llegó de nuevo a sus oídos el barullo de la cañada. Volvió a su silla de herrería cuyas garigolas se le encajaban en las nalgas, o lo que quedaba de ellas. Ya no cumplían su función de cojinete. Los hermanos Sánchez-Pont por fin habían llegado, con sus camisas frescas y planchadas, recién bañados. Charlaban con los adultos, copa en mano, sin dirigir una sola mirada hacia donde estaba Laila. Ahora que había pasado el momento de los saludos obligatorios —justo cuando estaba en el baño—, probablemente nunca se acercarían a ella para darle un beso en el cachete. Se movían y respiraban

en una esfera distinta a la suya, una esfera llena de comida y alcohol. Los demás niños seguían dando vueltas como moscas en torno a los canapés. David, su otro hermano, llegó a molestarla con un mini Snickers salido de quién sabe dónde. Esta vez, la señora flaca con vestido Chanel vino a su rescate. Se sentó junto a Laila y David huyó.

—Chula, ¿cómo te llamas? —su labios estaban pintados de escarlata.

—Laila.

—No te dejes presionar por nadie, no comas lo que no te guste —la señora levantó su mano huesuda para llamar la atención de la criada. Sus uñas eran largas y rojas, del color de su lápiz labial—. Un Tehuacán con hielo, por favor.

—No me importa que me molesten —mintió Laila.

—¿Y cómo es tu dieta? —preguntó la señora con un interés que no parecía ni fingido ni el típico preámbulo a una disertación contra la anorexia—. Me han dicho que has perdido mucho peso... ¡Te felicito!

—Gracias —dijo Laila, pero fue tanta la modestia con que quiso responder al cumplido que temió no haberse dado a escuchar—. No fue tan difícil —añadió un poco más alto.

—Yo sé que no es fácil, y menos a tu edad... Cuén-tame.

Esa señora sabía de qué hablaba, era de su clan. Laila se sentó más derecha sobre la silla de fierro.

—Es una dieta muy sana —comenzó a contarle—, mis padres hicieron pruebas de sangre y no me falta nada, ni hierro ni proteínas. Todos pensaban que estaba anémica pero no.

—Bravo —dijo la señora mientras recibía su Tehuacán sin dar las gracias ni mirar a la sirviente. Sus uñas eran impresionantes, muy diferentes a las uñas postizas de la señora Martha. Eran gruesas y torcidas hacia la punta, como garras bajo la espesa capa de barniz.

—Solo consumo proteína animal —detalló Laila—, pechuga de pollo hervida sin piel, filete de carne o pescado, todo hervido. Puedo comer huevos, pero siempre dos claras por una yema. Lácteos no porque es demasiada grasa. En verduras y frutas no tengo límite, puedo comer lo que quiera. A veces —añadió— me acabo una sandía yo solita.

Dijo esto último por presumir su buen apetito. Miró a su alrededor y comprobó que la demás gente seguía metiéndose bocadillos a la boca y

sirviéndose vino sin preocuparse por ellas.

—Ten cuidado con la sandía —advirtió la señora—, no te la comas por la noche, es un alimento muy frío y si la mezclas con alcohol incluso te puedes morir... Oye... ¿y nunca haces trampa?

—Nunca. Jamás —Laila fue contundente—. No me tomo ni el jarabe para la tos si tiene azúcar. Leo todas las etiquetas.

—Yo también. Hay tantas porquerías escondidas...

Pasó otra criada con un platón de canapés. La señora flaca tomó una Cracker con *tapenade* negra y la puso a descansar sobre una servilleta en la mesita de junto. Se escuchaban los gritos de unos pájaros y por oleadas subía el rumor de la cañada.

—Te voy a dar un consejo —dijo de pronto la señora, reclinándose hacia Laila. Su tufo era a mohó y tierra—. Ten cuidado con las malas combinaciones... Nunca mezcles cereal con leche. Es lo peor. Se te pudre en el intestino. El cereal con leche tarda tres días en salir de tu sistema, se fermenta y te hincha la panza con pura podredumbre.

La señora se llevó las manos huesudas a la barriga como para protegerla. Era un vientre diminuto, apenas abultado bajo el vestido a pesar de la posición sentada. Se miraron ambas a los ojos en silencio. El rumor de la cañada se intensificó y se escuchó entonces el llamado a la mesa. Como accionada por un resorte, la señora se puso de pie. Uno de sus tacones aguja pisó la raya blanca de la junta entre dos baldosas. Laila sintió que el suelo gritaba de dolor. La señora sonrió y dijo:

—Yo no me quedo. Fue un gusto, chula —de pronto sonaba distante, precipitada.

Laila estrechó la gélida garra que la señora le tendía a modo de despedida. Como si no hubieran intimado en lo más mínimo, su interlocutora le dio la espalda y se alejó hacia los adultos que acababan de prisa con sus bebidas y reunían a sus críos para comer. Esos tacones rojos que martirizaban el piso le mandaban un mensaje de superioridad y fuerza. La adolescente miró sus propios zapatos de agujeta y suela de goma, y miró también sus pantalones, que ya le quedaban demasiado grandes y en ellos se perdían sus piernas flacas.

Una vez, en el baño de un centro comercial, por culpa de esos zapatos gruesos la policía pensó que un violador se escondía en los excusados de

mujeres. Era solo Laila vomitando. Cuando abrió la puerta, el baño estaba acordonado y tres policías la esperaban. Aunque los zapatos masculinos estaban de moda en la escuela, Laila presintió que demasiado pronto calzaría unos ta-cones como aquellos.

La señora no estaba, se había esfumado. Los demás invitados se desplazaban como rinocerontes hacia el comedor. Ahora tenía que levantarse también y enfrentar, sin ayuda, sin nadie de su clan, la mesa servida.



# PRUEBA DE OÍDO

EN LAS SALAS DEL HOSPITAL, LOS DESQUICIADOS DEJAN pasar el día, ninguno brinca ni corre ni se aferra a los barandales gritando que lo matan. Es un sábado tranquilo de inicio de primavera, sin sobresaltos ni urgencias. Las ambulancias descansan en el porche con las luces apagadas. Algunos familiares esperan en los sillones de la recepción y más lejos un niño juega con los botones del elevador: no hay un alma que lo regañe.

Una estudiante de medicina cruza la planta baja a la carrera, pero se inmoviliza ante las exageraciones de las jacarandas detrás de los cristales. Nunca ha visto tanta explosión de color sobre las ramas negras y torcidas. Algunos pacientes deambulan por el patio y pisan sin fijarse las florecitas moradas, las adhieren al suelo. La estudiante suspira y retoma su camino, abre la puerta de las escaleras y desciende un nivel hacia los archivos, determinada a desenmascarar al doctor González.

Los flujos primaverales se han colado hasta este recinto subterráneo y animan al muchacho oligofrénico que atiende los sábados: se le ve feliz y de su boca escurre un poco de baba. Es más alto que los otros mongoles que ayudan en la cafetería. Mientras recibe la grabadora y la caja con las cintas del doctor González, la estudiante observa con repulsión las palmas lisas del chico: lo diagnostica mentalmente como un potencial violador de niñas. Se refugia con su cargamento lo más lejos posible, en el cubículo más apartado. Aun cuando las estaciones son poco aparentes cerca del trópico, dentro de las mentes más frágiles llegan a ser muy violentas. Al inicio de su pasantía en el hospital psiquiátrico del doctor González, ella no era paranoica. Ahora siente que los ojos del *Doc* están en todas partes.

La estudiante introduce el casete número G45 en el reproductor. Se ajusta los audífonos y aprieta *Play* para ubicarse en la cinta. Escucha los ruidos de

silla, las órdenes que ladra algún guardia, el rechinado de los zapatos, una puerta que se cierra, unos cuerpos que se instalan. La G45 es una grabación de los años ochenta en un hospital militar de provincia. La voz del *Doc* es más joven, más chillona. Con el índice colocado sobre el botón *Rewind*, el medio sobre el *Play/Stop* y el anular sobre el *Fast forward*, la estudiante inicia su juego de piano de tres teclas. Tras un primer avance rápido escucha otra voz de hombre: "... bien en su féretro, la cara muy entera, apenas se percibía un moretón bajo el ojo...". Usa el índice para regresar un poco y luego con el medio aprieta otra vez *Play*. Ahora es la voz del doctor: "Necesito que nos traigan agua". Opera otro mini acorde de medio, anular y medio, y ahora sí, agarra justo el inicio:

Doctor, fueron muchas las mujeres muertas, más de las que un hombre puede aguantar en su corazón. Primero nos mataron a Mariana Montes... Se lo cuento para que me entienda la psicología. Todo empezó mucho antes, se fue preparando, digo, a la Montes yo la tenía en el lugar más alto de mi estima. Ella siempre me pasaba la tarea en la escuela y eso no se olvida nunca. ¿Cómo la iba a asesinar su mismo novio? A la chica más suave del mundo, ¿así con tres balazos en la panza? No se vale, digo, el velorio fue en casa de su familia. La Mariana Montes se veía muy bien en su féretro, la cara muy entera, apenas se le veía un moretón bajo el ojo. La maquillaron mucho, le pintaron los labios de rosa bombón. Daban ganas de besarla. Le digo porque usted tiene que ver cómo fueron las cosas exactamente, cómo se nos acumuló el dolor. El mismo Pepe... Perdón pero ¿ya le hizo la evaluación a Pepe Costeño?

La estudiante no sabe si el doctor asiente o niega con la cabeza. Lo que sí sabe es que sus ojos pequeños y húmedos están fijos en el hombre que habla, y que ella, del otro lado de la grabación, no logra representarse.

Se lo pregunto para no repetir, digo, pues esa vez de Mariana Montes, Pepe se trajo al trío de cuerdas de la cantina y estuvimos hasta el amanecer en honor a la muerta. Ahí mismo en su casa. Así fue, digo, luego se nos murió Monserrat Pineda, solo dos meses después. Apareció ahogada en el río Támesis, en Londres. Monse era la héroe

de su familia porque se había ido a estudiar al extranjero. A ella la velamos en una caja cerrada. No podía dejar de pensar en el estado de su cuerpo después de tanto tiempo en el agua y luego del viaje en avión. Ella era muy bajita y muy pechugona, yo solo podía imaginarme sus tetas blancas despellejadas. Lo peor era que no podíamos comprobar si el cuerpo de Monse estaba de verdad dentro de esa caja. Todavía me brinca el corazón cuando veo una mujer de espaldas que se parece a ella. ¿Qué tal que está viva y nadie sabe? ¿Que tal que nos engañaron?

El doctor interrumpe con un asunto de micrófono mal puesto. La estudiante conoce esta técnica, González se la enseña a sus alumnos y la aplica a sus enfermos. Les corta el discurso, les hace creer que no se grabó una parte, los desgasta, los hace repetirse. Le gusta jugar con la psique. La estudiante aprovecha la interrupción para anotar cinco palabras en su cuaderno: *labios, rosa, bombón, tetas, despellejos*. Cuando el doctor pregunta si también consumieron alcohol durante el velorio de Monserrat Pineda, el interrogado se va por la tangente y responde que quiere fumar, por favor. Aun con la mala calidad del viejo regis-tro, la estudiante oye, o siente que oye, el chirrido de la cajita metálica al abrirse, adivina que el doctor ofrece sus pastillas, esas mentas tan fuertes que a ella le cierran la garganta. Mientras chupa su dulce, González explica que no se puede fumar, que el hospital tiene sus ventajas y sus desventajas en relación con la cárcel. La estudiante siente el aliento mentolado y excitado del *Doc* en su cuello. Se quita la mascada. En la grabación vuelve la voz nasal del interrogado, a un tiempo calculada y errática:

Sí, también bebimos la vez de Monse. Era muy deprimente, o sea: ¿por qué se morían así tan jóvenes las amigas? Digo, qué tal que nos moríamos nosotros también y era una maldición. Ni a los treinta íbamos a llegar. Y en eso pasa lo de Ale. O sea, entiéndanme, Ale, con su paro cardíaco fue la tercera muerta en tan solo seis meses. Además Ale era una deportista, ¿cómo le iba a fallar así su corazón?

El dedo medio pone *Stop*. La estudiante apunta: *corazón*. También dibuja un corazón. Toma un lápiz de color verde y lo rellena con cuidado, sin rebasar

sus límites. Está pensando en las jugarretas del doctor de noventa años que aún aterroriza a sus alumnos. Por ejemplo, la vez que los puso a trabajar en un falso caso de Alzheimer: agarró un enfermo de otra cosa porque no tenía ningún caso real a disposición en la clínica. Nadie se dio cuenta de la trampa y los reprobó a todos por estúpidos. Salvo a la compañera de pechos prominentes, porque no asistió ese día. Ese doctor que sabe desnudar con una sola mirada, que la paraliza con sólo posar su mano de venas saltonas sobre su hombro o antebrazo, ese doctor es la mayor eminencia del país. Hay que aguantarse con tal de obtener su firma sagrada en el diploma. Con la serie G10-G65 sustentó su teoría del vandalismo erótico, ahora en todos los libros de texto de primer año de universidad. Pero ella va a demostrar que el doctor hizo trampa. Con su lápiz verde, la estudiante refuerza los contornos del corazón. Opera un breve *Fast forward* seguido del *Play*. Dice la voz.

A Ale también la conocíamos desde la escuela, Ale era muy amiga y todos nos acostamos con ella. Pero nunca le perdimos el respeto porque lo hacía con buena onda, para enseñarnos, digo. Ale tenía amigos más grandes, de otras prepas, y con todo nunca nos despreció a nosotros. Conseguía drogas psicodélicas y a nosotros nos las regalaba porque no teníamos varo. Pero las vendía también. La última vez que la vi fue en diciembre en una de las posadas de la colonia. Me dijo que ahora el deporte era su droga. Que jugaba tenis con una falda blanca. Digo, la falda nada más la imaginamos porque nunca la vimos en esa parte de su vida. Nosotros siempre fuimos unos huevones. Mírenme a mí lo flaco que estoy, doy hambre...

Sí. El velorio de Ale fue en casa de su mamá. Aparte de la banda llegaron unos desconocidos en pants que acomodaban todo sin parar y ponían agua en los floreros. Yo creo eran los del tenis, ¿no? Yo digo. Nosotros estábamos. Éramos la banda de siempre, los mismos que habíamos velado a Mariana y a Monse. La banda lloraba menos, como que les valía, pero yo al revés. Digo, se me llenaron de lágrimas los ojos porque se me acumulaba la tristeza. Me daba impotencia. Un tío de Monse se jaló con una garrafa de 30 litros de mezcal. Ale estaba tranquila en el ataúd, preciosa con su corona de flores. Casi no la maquillaron y la verdad es que se veía medio viva por tan natural. Y comenzamos a beber...

La estudiante tensa los hombros una fracción de segundo antes de la siguiente interrupción del doctor. Ya se sabe el guión de memoria. Aquí es donde advirtió, desde la primera escucha, un titubeo en su voz de sabio, algo de perturbación pero también, despuntando, desnudándose, la maldad. Ahora la percibe perfectamente, esa maldad, en las clases de los lunes, en las rondas colectivas entre las camas de los enfermos y en los encerrones privados con él. Le provoca calofríos el jadeo doctoral en la nuca y el aliento mentolado con que profiere palabras lujuriosas cerca de sus oídos. En el registro, la interrupción de González versa una vez más sobre el alcohol. Pareciera, al oído desprevenido, que el *Doc* se aferra a ese dato duro como a un salvavidas. Pero la estudiante sospecha que sólo quiere administrar el tiempo, frenar una declaración que acelera hacia el punto de interés, como si él, González, lo conociera de antemano y quisiera paladearlo más lento. El acusado, un excelente actor que domina su juego, lo niega con naturalidad: “No doctor, el mezcal no me produce efectos alucinatorios”, y luego improvisa una serie de detalles inútiles sobre su familia cristiana y las prohibiciones de toda una vida. La estudiante resiste a la tentación de poner *Fast forward*, sabe que la historia está a punto de resurgir pura, de un trecho hasta el final, tres, dos, uno:

Nos dan como las 4 y estamos muy muy pedos. Quedábamos solo Charli, Pepe y yo. No queríamos dejar sola a la difunta en su primer día, así que nos seguimos. La mamá se había ido a dormir temprano con sus tranquilizantes. Al tío que trajo la garrafa hubo que subirlo todo vomitado a un taxi; después todos se fueron y nos dejaron solos a nosotros con el ataúd. Ahora hay gente que dice que no estábamos solos, que por la casa había más gente, derrumba da, como Berenice, pero a ella nosotros nunca la vimos. Ni a nadie.

Putá madre el susto que nos pusimos. De veras que la impresión aún no se me quita. Esa mano de Ale aplastada contra el vidrio del ataúd nos puso el peor de los espantos. Casi me cago. Fue el momento más cabrón de mi vida. A todos se nos bajó la peda a los talones, digo, ya había escuchado de los muertos falsos enterrados por error, pero pensé que el último caso había sido antes de la modernidad. Y con eso de que Ale se veía tan... pues sí... eso, tan viva... hasta alguien había dicho que en una de éstas despertaba. El susto, bueno, pues no lo puedo describir. Ni la euforia que vino después.

Nos asomamos meados de miedo. Sobre el vidrio había vaho y, a través del vaho, la cara de Ale con los ojos bien abiertos y una expresión de qué pedo. Aunque estaba tranquila, como tratando de recordar qué hacía ahí. Nosotros nos pusimos a gritar como locos. Hasta que Pepe exigió que nos calmáramos, que había que rescatar a Ale. Nos costó mucho trabajo la calma, mi corazón iba a toda velocidad, pensé que me iba a dar un paro a mí. Me fui al patio para tomar aire mientras Pepe empezaba a desatornillar el vidrio con su navaja. Me puse a rezar y me di cuenta que había un par de estrellas en el cielo. Luego volví para ayudar a Pepe. Charli no hacía nada, estaba como menso, nada más viendo. Cuando destapamos el féretro, sentimos mucho más calma. Le dimos besitos a Ale en la frente como a una niña que está por irse a dormir. Ella sonreía sin decir nada, pero nosotros empezamos a gritar ¡¡¡¡Ale estás viva!!!! ¡¡Ale!! ¡¡Viva!! Hasta que ella nos calló con un dedo sobre sus labios. Haga de cuenta que de pronto nos calmábamos y luego venía otra vez la euforia por oleadas.

“Échenme una mano”, nos dijo Ale. Tenía la voz muy ronca, digo, cavernosa. La ayudamos a sentarse en el ataúd. Andaba sin fuerzas. Exigió un tequila y se lo tomó a sorbitos ahí sentada. También le trajimos unos tamales y se comió dos. Luego otro tequila. Parecía que nunca hubiera muerto y que estábamos agarrando la peda como siempre, como antes. La sacamos del ataúd. “Vamos a despertar a tus papás”, le dije entonces. “No, esperen”, respondió. Y nunca los despertamos. Ale decía que mejor al día siguiente, que ahora quería festejar con nosotros. “Vámonos de antro”, dijo, y le ayudamos a caminar hasta la calle. Dice Berenice que nos vio cargarla: no es verdad. O sea, ella nos abrazaba por la nuca y arrastraba un poco los pies, pero caminaba con fuerza propia.

Nos subimos al coche de Pepe y arrancamos en busca de un *after*. Ale empezó a gritar “¡Viva México, cabrones!” y cosas así. En el asiento trasero empezó besar a Charli con una pasión inesperada. Y Charli feliz porque nadie lo pelaba nunca. Paramos por unos tacos, porque a Ale le dio hambre otra vez. Estaba hecha una fiera. Casi se acaba la salsa del local, y de la enchilada que se estaba metiendo, sudaba y decía que el chile era lo mejor del mundo. Luego pidió una

cerveza y opinó que la cerveza fría era lo mejor del mundo también. Quería que le contáramos todos los detalles desde su accidente pero no nos escuchaba. Sus ojos miraban para todas partes, se veía muy excitada. Al final dijo que no importaba, que mañana le contáramos, que ahora había que divertirse. Nos volvimos a subir al coche y Ale exigió que me fuera atrás con ella y con Charli. Nos fuimos besando y fajando como locos, o como desesperados, no sé, mientras Pepe manejaba; pero paró el coche y dijo que él también quería: acabamos cogiendo los tres. El primero en penetrar a Ale fue Pepe. Estábamos muy excitados. Fue un milagro que no nos viera ninguna patrulla. Después de un rato, recuerdo que limpié el vaho de un pedacito de ventana para mirar hacia fuera y ver dónde estábamos. Abrimos todas las ventanas y arrancamos hacia el *after*.

Bailamos, fajamos más, bebimos muchísimo. Ale pedía cubas para todos. Como a las 8, dijo que nos fuéramos a un mirador a la salida de la ciudad para ver el amanecer. Veníamos gritando con los brazos fuera de las ventanas y el estéreo a todo volumen. Ale se pasó al frente de un brinco y empezó a chupársela a Pepe mientras manejaba. Charli empezó a vomitar por la ventana de atrás. En eso Pepe pegó un grito y dio el volantazo. Dice que Ale le mordió el pito. Ya ustedes sabrán si es verdad, con el análisis médico. Yo solo recuerdo el ruido del vidrio y un dolor insoportable en el brazo que perdí. Cuando retomé conciencia, Pepe discutía con un policía. Había dos ambulancias. Sobre el asfalto estaba un cuerpo cubierto con una sábana y adiviné que era Ale. Doctor, cuando te toca, te toca. No se puede escapar de la muerte. Así es. Y así fue. Es todo. Ya terminé.

*Stop.* La estudiante mira su hoja de notas con las cinco palabras y el corazón verde. Termina el dibujo del ahorcado que empezó sin pensarlo, distraída, mientras escuchaba la entrevista con que González pretendía completar su rompecabezas psiquiátrico del vandalismo erótico. El ahorcado en su cuaderno es igualito al del juego en que se halla la palabra cuyas letras están representadas por guiones. Siempre dibuja sin querer el mismo ahorcado cuando escucha esta grabación. Está segura de que la G45 no es un caso real. Ha buscado en los periódicos de hace treinta años y el guión se desvía. ¿Cómo pudo González engañar al gremio por tantos años? Esta noche lo confrontará y

González tendrá que ponerle la calificación más alta, incluso una mención honorífica. Aún no piensa en la posibilidad de una nueva jugarreta, de otra máscara bajo la máscara, de un casete detrás del casete. La estudiante no sospecha que el doctor podría estar otra vez jugando con ella. Guarda su cuaderno, se alisa la falda, entrega las cintas, se apura. Necesita tiempo para depilarse, exfoliarse y perfumarse antes de su cita con el *Doc*.



# ESCOMBRO

EN LA PUERTA SE ACORDÓ DE LAIKA Y VOLVIÓ POR ELLA A pesar del peligro. La sacó en brazos hasta la calle, aun cuando tenía el tamaño de una humana pequeña. Se volvía más ligera con la edad, sus huesos de iban llenando de aire. Sobre la acera, la gente aterrada miraba los edificios de la esquina que se bamboleaban, se juntaban y separaban, crujían tanto como las casas cercanas, rechinaban como los coches estacionados que chocaban sus defensas entre sí. Un señor se tiró de rodillas a rezar con todo y pantalón de vestir. Dos mujeres lloraban agarradas de la mano, y muchos gritaban groserías para sí mismos. Aunque bastante rápido el mundo recuperó su estabilidad telúrica, las ondas sísmicas continuaron por unos minutos más su propagación dentro de la gente, reverberando en el interior de los cuerpos. Ricardo advirtió que era el único en pijama bajo el cielo distante y azul de las dos de la tarde.

Cuando reingresó a su domicilio con Laika rengueando a la zaga, Ricardo distinguió el timbre del teléfono entre las voces de la televisión encendida. Ese timbre, le pareció, llevaba mucho tiempo sonando. Corrió a responder. Era su hermana. Sintió una ola de tranquilidad, pero por costumbre se puso a la defensiva. No salgas de la casa, le advertía su carnala con la autoridad de una madre. Ricardo no respondió, dejó que su respiración diera fe de su presencia al otro lado de la línea. Se sentó con la bocina en la mano a la mesita del teléfono donde también estaban las fotos de familia. En casi todas figuraba él, solo o con su madre, y había un retrato en blanco y negro de su padre de joven. Tenía poco sentido ser más viejo que un padre.

La voz de su hermana, en el teléfono, le explicaba cosas que no le interesaban acerca de la señora de la limpieza. De su hermana había una sola fotografía, de diecisiete años, vestida de novia. La imagen había llegado por

correo después de un largo periodo sin noticias de la fugitiva. La mamá de Ricardo había comprado un marco dorado para ese retrato, acaso porque mostraba la única sonrisa jamás vista en la cara de su hija, siempre enojada y que sólo volvería el día de su entierro para tomar la tutela de Ricardo. Cuando su hermana al teléfono terminó con sus recomendaciones y colgó, Ricardo se tomó su tiempo. Se miró a sí mismo un rato más en las fotografías, de niño en la escuela, en el karate, en sus cumpleaños. Ninguna retrataba, por supuesto, todos estos años posteriores pasados en piyama.

En la pantalla de televisión, habían interrumpido las caricaturas con noticias alarmantes. Ricardo reconoció en las imágenes algunos edificios muy cercanos a su colonia. No lo podía creer. Abandonó la mano sobre el lomo de Laika, que se había instalado cansinamente a sus pies para recibir su dosis de caricias. Escuchó tres ambulancias, una detrás de la otra. Abrió la puerta de la calle y vio que la gente caminaba diferente. Más bien, era como si acudiera... pero a dónde, para qué. Ricardo se vistió de prisa, le puso la correa a Laika y salió por segunda vez en el día de su domicilio.

Vio muchísimas personas en las calles, como si hubieran vertido agua hirviente en las madrigueras ciudadanas y todos salieran al mismo tiempo de sus hoyos. Sólo se hablaba del sismo. En los puestos de comida, en las paradas de autobús, entre quienes caminaban, todos periqueaban acerca de cómo habían pasado el temblor y qué habían hecho o dicho sus compañeros. Jajaja, se reían algunos. Pero otros parecían víctimas de una horrenda preocupación, picaban desesperadamente las teclas de sus celulares, quienes no tenían señal hacían cola en los teléfonos públicos o buscaban en el cielo el paso invisible de las ondas telefónicas. Unos pocos, los menos, caminaban recto, con los ojos muy abiertos, sin más expresión que la del despojo total de sentido.

En un puesto de tortas, Ricardo se enteró del derrumbe de una escuela a ocho cuadras de ahí, con niños y maestras adentro. La gente comía horrorizada. Aun cuando un señor reportó el colapso de un multifamiliar al otro lado de la avenida, el desplome de la escuela se robaba todo el corazón de la gente. Los voluntarios para el rescate llegaban de todas partes, decían. La idea de unos niños apa churrados o atrapados era aparentemente más insoportable que la de unos adultos en la misma situación, aunque para Ricardo no quedaba claro por qué. Los niños morían sin entender, como animalitos, sin dejar huérfano a nadie. Eran muy lindos y suave-citos de piel,

pero totalmente inútiles. Definitivamente, están hechos para seducir y volver loca a la gente, pensaba Ricardo mientras se refinaba su mitad de torta de milanesa. Pidió la otra mitad para llevar y dársela a Laika en la casa, a escondidas de las miradas chismosas.

En el camino de vuelta, una niña de bucles negros le pidió permiso para acariciar a Laika. Él asintió con la cabeza. La pequeña preguntó si era un perro de rescate.

—Sí —respondió Ricardo.

—Es un pastor alemán —precisó la madre, una señora gorda y mal arreglada—, esos perros son unos héroes.

—¿Pueden salvar a los niños de la escuela? —preguntó entonces la niña.

Ricardo no podía creer que una niña tan bonita se fuera a convertir en una señora tan fea como su madre.

—*Van* a salvar a los niños de la escuela, ¿verdad, señor? —insistió la madre monstruosa.

—Sí —confirmó Ricardo, y jaló a Laika de la correa para alejarla de la niña. Le urgía, de pronto, volver a casa.

Al volver de su paseo, la perra se acomodó en vano al pie del sillón frente a la tele. Ricardo la ignoró, violentando una costumbre de años; se dirigió a la que fuera la recámara de su madre. La habitación estaba intacta, como si el tiempo no hubiera pasado en ella. Ricardo sólo se permitía visitarla de vez en cuando, para no gastar el recurso de proximidad que aún se creaba en ese recinto. Ahí lo sorprendió el único daño del sismo: una botellita de perfume se había roto al caer del estante de los cosméticos y preñaba la habitación con un denso aroma a su mamá. Pobre mamá, murmuró, como si fuera ella quien se hubiera estrellado contra el piso. Puta mamá, dijo también, más bajito, entre dientes. Sacó del armario, ante los ojos vigilantes de una estampa de la virgen con el niño coronado, el uniforme de electricista de su padre: un overol naranja, un casco y unas botas contra incendios que no le sirvieron de nada al señor porque apareció chamuscado en lo alto de una torre de luz y no hubo manera de ganar el juicio contra la compañía. Eso también había cambiado a su madre. Ricardo se puso el uniforme y comprobó que le quedaba pintado.

Se había hecho de noche y Laika intentó resistirse a una tercera salida en un mismo día, estaba vieja y cansada, pero era un buen animal y se resignó a

olfatear como si nada los objetos y la gente que salía al paso. ¡Miren! Un *topo*, dijo alguien a sus espaldas. Ricardo se irguió orgulloso y prosiguió su camino en dirección a la escuela. Ambulancias, motos, coches y gente, todo hormigueaba, sonaba y gritaba desde que cruzó la avenida y se adentró en la colonia vecina. Con el uniforme de su padre, Ricardo estaba transmutado: parecía *topo*, y la gente se lo creía sin rechistar. Alguien le colocó un sándwich entre las manos y otra persona le dio la bendición. Cuando llegó a las cercanías de la escuela colapsada se encontró con una cuerda que impedía el paso a decenas de personas que pretendían ingresar con ayuda a la zona de desastre.

—Traigo insulina —suplicaba una mujer.

—Las ambulancias están llenas, señora, no caben ni los heridos, por favor deje su ayuda en el carrito y nosotros la llevamos —explicaba un guardia.

Se refería a unos carritos de súper a tope con medicinas y comida. Sin embargo, las cuerdas se levantaron mágicamente ante Ricardo y Laika, y ambos avanzaron unos cien metros por el centro de la calle sin luz hasta vislumbrar largas filas de hombres con casco y linterna, esperando un cambio de turno para levantar escombros. Entre el tumulto podía respirarse la inquietud ante una eventual réplica del temblor. Siempre tiembla dos veces; la segunda vez, la réplica, es la que da el tiro de gracia.

Pasaba gente con lucecitas a la carrera. En las banquetas, las sombras cobraban vida. Ricardo escuchó el llanto de una mujer. Al final de la calle, en el sitio del derrumbe, había un hervidero de personas bajo el potente alumbrado de unas plantas de luz. Había tanta gente que una mitad formó una valla humana para contener al resto. Ricardo estaba flotando hasta que un señor lo agarró del codo y le señaló dónde estaban los demás topes, casi lo empujó en esa dirección. Ricardo fingió dirigirse hacia el lugar indicado pero se desvió hacia un costado del edificio en el que no había nadie.

—Tú no conociste este lugar —le dijo a Laika para darse valor—. Aquí estudiaba la niña más bonita del mundo.

La perra resoplaba, coleteaba y asentía. Ricardo miró hacia atrás, sobre su hombro derecho, y primero no comprendió. El edificio de siete pisos no estaba. Siempre hubo un edificio gris de siete pisos con 24 departamentos a unos 70 metros del lugar donde se encontraba ahora con Laika. Y en uno de los departamentos vivió Ricardo muchos años atrás. Entonces era un chamaco

tímido que pasaba sus mejores momentos mirando por la ventana, incapaz de hacer su tarea. A veces lo vigilaba una psicóloga que le pedía dibujos complicados, con temas aburridos, obligándolo por ejemplo a trazar casas o bosques cuando él sólo sabía dibujar ángeles. Esa terapeuta vivía con su hija en el quinto piso del mismo edificio. La madre de Ricardo había intercambiado sesiones de terapia para él por el resguardo, todas las tardes, de esa niña que no reemplazaba a la hermana ausente y además lo pellizcaba, le bajaba los pantalones y le mostraba, a la primer ocasión, la *cosa* que guardaba bajo sus calzones. Ricardo se desafanaba mirando por la ventana hacia el patio de la escuela de niñas. Ahora, vestido de rescatista, y con Laika de acompañante, descubría con un pasmo de horror que en el lugar de aquel edificio con ventanas solo había un cuadro de cielo.

—Vámonos al edificio —dijo Ricardo. Estaba muy preocupado, como si aún viviera ahí con su mamá.

Cruzó en sentido contrario el cerco sobrepoblado de la escuela y caminó de prisa las dos cuadras desiertas que lo separaban de su antiguo domicilio. Ahí no había control de entradas y salidas, ni plantas de luz, sólo linternas y algunas lámparas de gas. La luna era suficiente para distinguir las formas del derrumbe. Los pisos superiores se habían desplomado hacia calle, vertiendo inmensas cantidades escombros y tierra, mientras que los pisos inferiores habían colapsado. Decenas de personas, con sus lucecitas, se afanaban sobre las ruinas. Algunos organizaban cadenas, otros trabajaban en solitario. De mano en mano pasaban cubetas con cascajo y pedacería de todo tipo: tubos, restos de madera con clavos, ollas golpeadas, una pantalla de tv, ropa. El silencio que desprendía el concreto colapsado daba muy mala espina. Olía a cal y cemento. Capataces improvisados gritaban órdenes y cortaban el paso hacia los costados del edificio. Ricardo prendió su lámpara de minero y escaló la pendiente que llevaba a los pisos superiores, con Laika a su lado, sin que nadie les dijera nada, con su traje naranja que le daba un aire profesional a prueba de preguntas. Se coló hacia atrás del escenario, donde parecía mejor conservada la estructura. El séptimo piso, el suyo, había descendido unos dos niveles en relación a su altura habitual. Pasó al lado de un lavabo, encima de restos de un inodoro, libró unas varillas torcidas, y cuando no hubo nadie a la vista se detuvo a pensar. Sentía los latidos de su corazón en la garganta, por lo rápido de su ascensión hasta ese punto: la cima de su edificio de infancia. Le

pareció que estaba parado sobre su antigua recámara. No tenía idea de quiénes vivían ahí ahora.

Le tocaba ser héroe. Se acuclilló y aguzó los oídos. De a poquitos comenzó a distinguir los ruidos de la estructura. Trató de ajustar su aparato auditivo: bajó la intensidad al escándalo y los chiflidos de los rescatistas al otro lado del edificio y se concentró en la materia a sus pies. Captó entonces los tosidos y el llanto.

—¿Quién está ahí? —preguntó bajito, como si temiera alertar al resto de los rescatistas.

El llanto entrecortado con lamentos proseguía.

—¿Quién está ahí? —preguntó más fuerte.

Las quejas parecían de una niña. Ricardo buscó la manera de penetrar en el domicilio bajo sus pies, de escurrirse por alguna fisura. Quizá por el cubo de la escalera, unos metros más allá.

—Vamos por ti —dijo en voz alta.

Entonces se desmoronó el piso. El concreto se abrió y devoró a Ricardo.

Es imposible imaginar, antes de sentirlo, el dolor que inflige un panel de concreto cuando machuca la carne, descuaja los ligamentos y luego permanece inmóvil con su peso inhumano y su temporalidad de glaciador sobre su presa caliente. Ricardo se desmayó casi de inmediato.



En las cuevas más remotas de su conciencia, el llanto resonaba, insistente y monótono. Cesó en el instante mismo en que Ricardo logró abrir los ojos. Al comprender dónde estaba, quiso llorar pero sus ojos estaban tan secos como su garganta y solo consiguió provocarse unos espasmos dolorosos, porque la parte inferior de su cuerpo estaba machacada por el derrumbe y cada movimiento lo hacía sufrir. Distinguía mejor los crujidos de la estructura que lo atrapaba, parecía que el edificio digería tubos, piedras y yeso en su gran estómago de concreto. Paladeó el regusto a caño. El dolor era agudo, como si le clavaran una espada en las piernas. Gritó pidiendo ayuda y lo único que escuchó fueron sus propios alaridos. Estaba solo. En las casas silenciosas de las ciudades, los hombres olvidan la tesitura de sus gritos, su capacidad innata

de alertar al resto de la tribu sobre la muerte.

Cuando calló, habló la niña.

—Señor, no grite así porque nos asusta a todos. Estamos tratando de dormir mientras llegan a salvarnos. Estamos ahorrando fuerzas.

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

—¿Con quién?

—Con nadie. Estoy sola. Estoy en el clóset.

—¿Y tus papás?

—Mi mamá se fue a trabajar y no ha vuelto. No tengo papá, se murió. A veces vienen señores, pero ninguno es mi papá. Son sólo amigos.

—¿Entonces quiénes tratan de dormir mientras nos rescatan?

—Me lo dijo la señora Pati. Vive enfrente, pero ahora se cayó más abajo. Está dormida, pero cuando se despierte le diré que hable fuerte para que usted la escuche. No se ha despertado en mucho tiempo, y me pidió que la dejáramos dormir.

Clareaba la madrugada. Entró un poco de luz por algún lugar, lo cual significaba que no estaba completamente sepultado. Distinguió cuadritos de cerámica rosa y concluyó que estaba en los restos de un baño. Se acordó de su mamá desnuda saliendo de la regadera.

—Niña, ¿cómo te llamas?

—Rafaela.

—Yo soy Ricardo.

—Okey, pero nunca me aprendo los nombres de mis amigos.

—¿Por qué?

—Es más fácil que se aprendan el mío. Señor, ¿usted tiene el pelo blanco?

—Lo tengo un poco blanco, pero un poco negro también.

—¿Y las manos? ¿Las tiene con pelos?

—Un poquito —admitió Ricardo.

—¿Y tiene pelos negros en las orejas?

—¡No! ¿Por qué preguntas esas cosas?

—Me gusta saber. Yo soy una niña muy bonita, con cabello castaño y ojos color avellana. Dicen los amigos de mi mamá que tengo una boca de fresa para morder. Pero no me gusta que me muerdan la boca.

—¿Estás lastimada?

—No.

—¿Te puedes mover?

—Estoy en mi clóset pero no puedo salir, la puerta se atoró. Me puedo levantar y sentar y hacer lo que quiera. La señora Pati no puede usar las manos.

—Yo no puedo mover las piernas —informó Ricardo.

—Está bien, yo le ayudaré y haré todo lo que me pida. ¿Quiere que me desnude?

—¿Qué?

—Me puedo desnudar para que se sienta mejor. Todavía no tengo pelos en el pubis, así que es más bonito y más suave. ¿Usted tiene callos en los dedos?

—Niña, no te desnudes, y cállate.

Ricardo sintió su sexo como una bola dura y dolo-rosa arriba de sus piernas molidas. Esa niña era un demonio, un espíritu maligno que lo quería tentar. Se pasó las manos por la cabeza y descubrió que su cabello estaba pringoso. No había luz suficiente para comprobar si la sustancia viscosa en sus dedos era sangre. Casi al instante empezó a quejarse con más ahínco el edificio y crujió a todo su ancho; Ricardo escuchó unos gritos humanos y el concreto prensó sus piernas con más fuerza. El polvo se levantó y lo dejó ciego.

Escuchaba otra vez el llanto. Mucho más cerca, casi en su oreja. Olía a gas.

—¿Rafaela?

—Usted se duerme todo el tiempo.

—Estoy muy lastimado, me duelen mucho el cuerpo y la cabeza, tengo ganas de vomitar. ¿Está la señora Pati?

—¿Quiere que le cure su cabeza?

—¿Y cómo le vas a hacer para llegar hasta aquí?

—Es un juego, usted me tiene que escuchar e imaginarse. Lo he hecho mil veces. Con cosas súper cochinas que inventa mi mamá.

—¿Y la señora Pati?

—Sigue dormida.

—¿No hueles a gas?

—No mucho...

—Niña, ¿crees en dios?

—Sí. Amo a Jesús.

—¿Y a Jesús le gusta que digas cochinadas?

—Le encanta. A todos les gusta. Esas cosas ya las sé. Aunque nunca pueda salir de mi clóset. Los hombres son unos cochinos y al mismo tiempo unos santos.

La presión en la cabeza iba en aumento y Ricardo empezó a vomitar, el líquido ácido le escurría por el lado derecho de la boca. Perdió una vez más el conocimiento.



Ahora abrió los ojos en una celda de concreto. Esta vez no había llanto. Trató en vano de recordar el traslado desde el edificio derrumbado a este sitio que parecía un separo de cárcel. Desde su posición horizontal, Ricardo advirtió una resquebrajadura en la pared, junto a la puerta de metal. Miró sus manos negras y pegajosas, palpó sus piernas cubiertas de vendas y supo que no traía pantalón. Le escocía la ingle derecha, y algo como un pico de hielo se hundía en su rodilla al menor movimiento. Tenía una curación con gaza sobre la cabeza. Se resignó a la espera, al frío y a la sed. Al menos no estaba la niña para atormentarlo. ¿Y Laika? ¿Dónde estaba su perra? Acordarse de su animal lo sumió en mil angustias, pero ni el guardia que más tarde le dio de comer ni el médico que vino a cambiar sus vendajes supieron darle razón de la perra. No lo visitó ningún psicólogo, lo cual le pareció extraño, pues estaba acostumbrado desde niño a vérselas con este tipo de doctor en todas las situaciones oficiales de su vida. Tampoco le dieron pistas acerca de su reclusión forzada, solamente supo que lo rescataron de los escombros, con otros cuerpos sin vida, un par de horas después de la réplica del sismo. Esperó un par de días bajo la cobija que le proporcionaron cuando lo vieron temblando. Ricardo se preguntaba si la televisión seguía encendida en su casa y si su hermana llamaría otra vez.

Se reencontró con Laika en su entrevista con la juez, en una estancia mejor aclimatada que su celda. Laika coleteaba de alegría en una jaula de plástico, de ésas para viajar en avión. Qué viejita y asustada se veía la pobre. Qué

ganas de acariciar su cuerpo peludo y caliente. La juez, en cambio, era una mujer dura y flaca, de veintitantos años, que lo acusaba de intento de robo. Estaba flanqueada de otras dos mujeres en traje sastre, igual de jóvenes y fuertes. A ellas un temblor no les haría nada, pensó Ricardo. Desde su silla de ruedas, les explicó muchas veces cómo había entrado a la zona de desastre para ayudar en los rescates, pero sus interlocutoras lo interrumpían con preguntas muy extrañas, sobre su relación con Laika, por ejemplo, o sobre sus resultados escolares y su expulsión del instituto para niños; cosas de un pasado remoto. Ricardo volvía sin perturbarse a la historia de su intento de rescate, y a la niña atrapada, librando con astucia las preguntas sobre su vida que nada tenían que ver con el temblor y el edificio derrumbado. El interrogatorio se parecía a las retorcidas investigaciones de los psicólogos. Al final irrumpieron en la sala unas cámaras de televisión y una reportera explicó ante un público invisible que había, desafortunadamente, quienes aprovechaban la desgracia general para cometer sus fechorías. Cuando todos pensaban en cómo ayudar, decía la señorita en su micrófono, había mentes como la de Ricardo enfocadas en saquear los departamentos destruidos, y en abusar de las víctimas. Miren a éste que se disfrazó de *topo* para burlar los filtros de seguridad, dijo con un gesto teatral. El comunicado televisivo concluyó con un llamado al gobierno a luchar contra la corrupción y castigar a los culpables de la tragedia.

El taxista que lo condujo a casa tuvo la gentileza, o el instinto de propina, o la pena que inspira un lisiado hediondo, de ayudarlo con su silla de ruedas y empujarlo hasta la sala. Laika se tiró de inmediato, con el pelo sucio y los belfos despatarrados sobre la alfombra, frente a la tele que seguía encendida en el canal de las caricaturas. Ricardo reconoció su dibujo animado favorito, el de una niña que busca a su mamá por cielo, mar y tierra, y se salva *in extremis* de las peores desventuras. Al tiempo que el taxista daba un portazo de salida, escuchó el timbre del teléfono. Ricardo rodó hasta el aparato. Era su hermana. Sobre la mesita, seguía vestida de novia, sonriendo con sus diecisiete años. En la bocina preguntaba: ¿Dónde has estado? Te he llamado mil veces. Ricardo no respondió, y desde la silla de ruedas se limitó a mirar fijamente la fotografía de su hermana, le miraba los ojos, a la misma altura que los suyos. Respóndeme, ¿dónde?, insistía su hermana. Al fin, Ricardo dijo lentamente: Aquí. No vi que se desconectó el cable. Y su hermana, casi sin

escucharlo, sentenció: Pues estate más atento, hay un caos en la ciudad, no salgas. Y colgó. Era un buen consejo. Ricardo rodó hasta la tele, se detuvo junto a Laika y pasó los dedos por su lomo hasta que se quedó dormida a sus pies.



# LA DERIVA

*Para Fantec*

NACÍ EN EL FAMOSO “PUEBLO DE LOS ESCRITORES”, UN lugar desangelado en el mero centro de un valle de rocas. Las casas se agrupaban al pie de una peña esbelta que no daba sombra, que era altiva, casi un tótem. Su cima en doble punta delineaba una M, y esa letra sola y muda parecía el estandarte del sitio. Cada año, dos días después del equinoccio de otoño, a las diez en punto de la mañana, el sol asomaba por el medio de la M a modo de advertencia cíclica. Aunque nadie sabía de qué. Considero que tuve suerte porque en la casa frente a la mía nació Fédor, el hijo del panadero, y él me salvó de tragar por siempre el aire ácido y polvoso de ese desierto.

Los guías de viaje nos describían como un poblado pintoresco, atrapado en una dimensión fuera del tiempo. Suena mal, pero a mí los turistas me caían bien pues traían consigo una buena dosis de frescura, como si de su piel se desprendieran partículas de un aire más vívido y oxigenado. Paraban sin falta en la panadería Karamazov, la del padre de Fédor, para llevarse algún panecito típico, ya sea el Tolstoi con pasta de almendra —cuyo gran secreto era la gotita de vodka—, el Stendhal o un cuernito literario de la suerte. Lo que fue motivo de orgullo para nuestros antepasados, el ser parte del célebre Pueblo de los escritores, se convirtió durante nuestra adolescencia en la penosa sensación de habitar un cementerio. Fédor, que desde pequeño fue un gran lector —algo poco frecuente en nuestro entorno—, me convenció del fiasco de nuestros escritores: no se comprometían con el presente, me dijo, y había que despreciarlos. No tanto a los fundadores, sino a sus descendientes y sobre todo a la generación de nuestros padres.

Sin embargo, durante las elecciones presidenciales del año pasado

descubrimos nuestro error, nuestra gran ceguera, pues los escritores del pueblo sí podían incidir, y de la peor manera, en nuestra actualidad. El primero en advertirme que venían las elecciones fue Fédor. Prepárate, me dijo. Yo no supe a qué, pues ni teníamos edad para votar ni se discutía de política por ningún lado. En mi casa casi nunca nos cruzábamos unos con otros. Mi padre se encerraba hasta muy entrada la noche en la cava, donde en vez de botellas de vino había instalado una consola de videojuegos y un sillón de cuero. Sólo ahí hallaba una inspiración suficiente para las historias de horror que escribía en un cuaderno, sobre las rodillas, durante las pausas intempestivas que introducía a la mitad de un juego. Mi madre, por su parte, había perdido hacía mucho el don de la palabra. Escribió dos novelas de juventud antes de mi nacimiento y aún conservaba parte del tiraje en el estante más alto del clóset de la entrada, en los paquetes originales. La última vez que regaló un ejemplar, me contó una mala lengua, fue en mi cumpleaños número uno, cuando mi madre aún creía en la realización social. Aparte de su trajín diario en la cocina y su vigilancia atenta en cuanto a mis modos en la mesa, la recuerdo sobre todo en su recámara tejiendo suéteres y bufandas. Aunque inútiles para nuestro desierto caliente, a ella le recordaban su infancia y lograba venderlos con relativo éxito en la tienda de souvenirs, a la salida del pueblo.

Tampoco en casa de Fédor ni en ningún otro lugar se abordaban temas políticos. Sin embargo, Fédor había encontrado unos tratados marxistas y las memorias virulentas de unos revolucionarios entre los libros arrumbados en su sótano. Subrayaba párrafos enteros, se los aprendía. Vivía solo con su padre, don Luis, porque su madre, una poeta atormentada, los había abandonado. Debíamos de haber tenido cuatro años cuando eso sucedió. El único recuerdo que conservé de la fugitiva era su tono de piel, muy blanco junto al color casi negro de don Luis; parecían ficha de dominó, aún los veo, en el cine privado de mi memoria, de pie en el umbral de nuestra casa, disculpándose por las flores que Fédor había arrancado de nuestras macetas.

La fuga de la madre de Fédor siempre fue inexplicable para mí porque don Luis era el hombre más dulce del mundo, todo alrededor de él olía a pan recién horneado. En su ropa siempre espolvoreada de harina se cifraba una felicidad íntima y cotidiana que comenzaba antes del amanecer, desde que encendía los hornos. Le debía su fama internacional a los cuentos breves que escondía en los cuernitos, como galletas de la fortuna chinas. Tenía el don de

hacer historias simples con resonancias muy hondas. No era raro darse cuenta del sentido profundo de uno de sus cuentos varias horas después de haber digerido el croissant. Aunque su verdadera especialidad de pastelero eran las magdalenas, tan perfectas y dignas de los desayunos dominicales de todos los niños del pueblo.

De la infancia de don Luis se sabía poco. Él decía que era dolorosa, que no valía la pena traer a colación los eventos amargos. Algunos aseguraban que había sobrevivido a una masacre. Lo que es seguro es que don Luis había arribado con su máquina de escribir al hombro, en los tiempos en que aún migraban los escritores que escuchaban del Pueblo de los escritores, mucho antes de que vinieran los guías de viaje y la tienda de souvenirs. Si ahora alguien viera por las ventanas de la escuela a un iluso llegar con sus manuscritos bajo el brazo para mudarse entre nosotros, se reiría por horas. Los mayores le reservarían una acogida nada risueña, e incluso una abierta hostilidad. En mi corta experiencia de pueblerina, los nuevos habitantes salieron únicamente del vientre de sus madres.

Después de que casi todo el pueblo votara por el presidente de la intolerancia, cambió nuestra percepción sobre nosotros mismos. En cuanto se conocieron los resultados preliminares, el asombro recorrió las calles y se metió a todas las casas. Un evento tan inesperado provocaba una excitación enfermiza, y bastante angustia, porque las consecuencias del voto rojo en un enclave libertario eran desconocidas. Fue como si nos tendieran un espejo para descubrir que nuestro rostro había sido sustituido por otro, de la noche a la mañana. Los fundadores, dijo una maestra en la escuela, deben de estar retorciéndose en sus tumbas. Demasiadas veces nos habían repetido que los primeros escritores del pueblo habían huido de la persecución para construir, incluso en un desierto como éste, un enclave de libertad. En todos los hogares, por primera vez en años, los televisores sintonizaron las noticias, y las computadoras navegaron en busca de información. Mi padre subió del sótano y se sentó a escuchar la radio en la sala. Una vecina tocó a la puerta y estuvieron un rato en el umbral, intercambiando impresiones, cosa que no había sucedido en años. Ni quienes votaron rojo, estoy segura, sospecharon que tantos más harían lo mismo; se lo tenían bien guardado. Lo peor es que no fuimos los únicos desprevenidos, el triunfo rojo cundió en el país entero como la varicela recubre en pocas horas un cuerpo enfermo. Por la noche, Fédor vino y me

invitó al bote decrepito y abandonado en el patio trasero de la panadería. Ahí estaba esa barcaza con sus remos el día que llegó don Luis. Se contaba que la construyó un visionario loco que quería estar listo para el día en que volviera el mar, pero murió por deshidratación durante una de nuestras canículas. Fédor guardaba sus libros en los cajones herméticos bajo los bancos para remadores. Me leyó un poema de Maiakovski. Al terminar me pidió que pasáramos a la acción. Cuando le dije que sí, me recompensó con un beso apasionado, hirviente y completamente novedoso para mí.

Quisimos colar textos panfletarios entre los cuernitos que hacía don Luis, sin que él lo supiera. Fédor me aseguraba que el alcalde era uno de los responsables de la corrupción y el individualismo rampante que destruían nuestra comunidad, entregándonos atados de las manos a un gobierno de rojos reaccionarios. Nuestro alcalde era hijo y nieto de espléndidos novelistas, llevaba ya tres términos en ese puesto político que no interesaba a nadie, y era un tipo sin talento. Los domingos paseaba por la calle principal en un coche de lujo convertible, un auto innecesario en nuestro pueblo, donde todo quedaba a una distancia caminable. Conducía muy lento, al paso, con miedo de arruinar sus amortiguadores con los defectos del empedrado. Según Fédor, este señor había desviado una parte sustantiva de los recursos públicos para invitar a las estrellas de la televisión, a los deportistas más en vista y a todas las personalidades de pacotilla en boga para que visitaran nuestro pueblo y le hicieran publicidad. Esas invitaciones arbitrarias a nuestras costillas se traducían en ganancias para sus negocios privados, como el hotel de cinco cuartos que construyó sobre la carretera, la gasolinera y la tienda de souvenirs. Bajo su mandato, el dinero se convirtió en el nuevo valor, a expensas de la libertad, la unión y el respeto a la diferencia. Cuando me hablaba de esto, mi enamorado se acomodaba los mechones rebeldes de su cabello detrás de la oreja, y eso me dejaba fascinada.

Escribimos nuestras acusaciones en la misma Olivetti que trajo don Luis a lomo de hombre, muchos años atrás, y en el mismo papel amarillo que utilizaba para sus mini cuentos. Metimos los papelitos en las cápsulas de plástico con que don Luis rellenaba sus cuernitos y esperamos con expectativa las primeras reacciones. El miedo que me daba nuestra travesura encontraba sosiego en los brazos de Fédor: podía seguir por horas los contornos de su bíceps cubierto de piel tibia. Todos los días después de clases nos juntábamos

en el bote cuyo fondo mi enamorado había tapizado con almohadas y cobijas. A don Luis, que aún no sabía nada de nuestros tejemanejes, lo emboscaron detrás de la farmacia Burroughs. Lo molieron a golpes. Le rompieron una costilla y casi pierde el ojo derecho. Sospechamos de los hermanos Kilt, los siniestros autores de unos cuentos de príncipes y princesas distribuidos en todas las escuelas del país gracias a un convenio del alcalde.

Para mi sorpresa, don Luis no castigó a su hijo. Habló con él largamente, le contó parte de su pasado y le explicó los peligros de la acción política. Además, le demostró lo mal escritos que estaban nuestros papelitos para croissant, y lo insulsa y plana que era su redacción. Estaba ofendido porque nuestra acción había roto la calidad narrativa de sus panes rellenos de palabras. Las palabras sí podían cambiar al mundo, le explicó, pero había que amaestrarlas primero. Le regaló un par de libros a Fédor, los sacó del mismo sótano que su hijo ya saqueaba profusamente, y le prohibió ponerse en riesgo. Pero Fédor no estaba dispuesto a negociar con la razón.

En la calle, se había caído el bozal hipócrita que mantenía cerradas muchas bocas. Escuché cosas como: “Yo voté rojo porque estoy harto de todos los blandengues que ni escriben ni dejan escribir: pues yo también, que se jodan, las subvenciones solo deberían ser para quienes nacimos aquí, ya no alcanza... los fondos deberían entregarse únicamente a los escritores con registro... yo voté rojo por aburrición, todo siempre es lo mismo, a ver si ahora pasa algo... los rojos saben poner en su lugar a las mujeres pasadas de listas... a mí la verdad no me gustan los negros... no huelen rico... jajaja, qué bien se siente escucharlo... no sabes, ¿se siente mejor decirlo!”, etcétera. Lo último sobre los negros fue un fragmento de conversación entre dos profesores de mi escuela. Había entre nosotros dos alumnos de ese color que venían en coche desde un rancho cercano, sin contar a Fédor, que era de tez oscura como don Luis.

Nos enfocamos en preparar algo más grande y mejor pensado que las notas para cuernito. Fédor trató de vincularse por internet con la resistencia en otros puntos del país, pero no nos tomaban en serio. Debíamos movernos con cuidado, a espaldas de don Luis, quien nos vigilaba un poco más que de costumbre pero respetaba la intimidad de nuestro bote. Ahí, por las noches, después de leerme a la luz de una lámpara de minero sus pasajes favoritos de escritores hasta entonces completamente desconocidos para mí, como Bakunin,

Kropotkin, Proudhon, Saint-Simon, los hermanos Flores Magón y un tipo deslumbrante que se llamaba Prosper Enfantin, Fédor me besaba con su boca de altas temperaturas y luego exploraba con sus dedos y su lengua partes nuevas de mi cuerpo. Antes siquiera de pensarlo, nos hicimos hombre y mujer. Empecé a tener miedo de embarazarme, aunque esa idea también me provocaba una ligera embriaguez.

En un libro de revolucionarios de otros tiempos encontramos un manual para armar una bomba casera. Nos pareció confiable la antigua receta, más que en internet donde no había manera de discernir entre lo falso y lo verdadero. No queríamos que nuestra bomba nos explotara en la cara. Me dediqué al registro fotográfico de cada etapa del armado porque esta acción debía certificarnos como parte de la resistencia nacional. En las imágenes solo debían figurar las manos de Fédor, pero en algunos procesos complicados también se colaban las mías. Para tranquilizarme antes dormir, revisaba las imágenes en el visor de mi camarita digital como una prueba más de nuestro amor clandestino. Ni siquiera consideramos, por absurdo que parezca, que una vez cometido el acto, el alcalde llamaría a detectives foráneos para encontrar a los culpables. Nuestro miedo se limitaba a ser descubiertos por nuestros padres y vecinos antes del acto.

Planeamos un ataque de madrugada para que no hubiera heridos. Quisimos pasar la noche anterior juntos en el bote. Mi madre se tomó como siempre sus pastillas para dormir, pero me daba miedo que no funcionaran y apareciera tocando el timbre de la panadería para sacarme de ahí. Estábamos muy nerviosos y las caricias no lograban sosegarlos porque teníamos la cabeza en otro lado. Bajamos la bomba y la pusimos junto al bote para no dormir con ella. Fédor me leyó poemas y luego miramos las estrellas, cuerpo contra cuerpo, seguros de que pasaríamos la noche en blanco. Sin embargo, nos habíamos desgastado a tal punto que de pronto nuestros músculos soltaron la tensión y zarpamos sin darnos cuenta hacia el sueño profundo.

Cuando abrimos los ojos, clareaba el día y estábamos flotando. Literalmente. El bote se mecía sobre una masa de agua que lo cubría todo, de horizonte a horizonte. Me vino a la mente algo que había escuchado acerca del cambio climático, quizá en la radio, no lo recordaba con exactitud. No había prestado atención. Fédor se aferraba al borde de la lancha con los dedos, la vista fija sobre la planicie de agua opaca que nos rodeaba. Le colgaba el labio

inferior, era el mismo gesto de puchero que hacía de niño cuando perdía en algún juego. Me pareció muy joven. Sobre la superficie líquida se perfilaba una única silueta con forma de M. Era la cima rocosa de dos puntas que el sol escalaba todas las mañanas antes de alumbrar nuestras casas. Ahora, la punta de la peña parecía una pequeña isla en medio del mar. La corriente nos alejaba lentamente de ese único punto de referencia. Sentí melancolía al pensar que nuestra bomba yacía bajo el agua.



## 3.141592653

EL CATORCE DE MARZO DE 2015, A LAS NUEVE HORAS CON veintiséis minutos y cincuenta y tres segundos, Piero se encontraba en una ambulancia rumbo al hospital. Traía atravesado en la garganta el palillo del chile relleno en pipián que había desayunado hacía apenas unos minutos en compañía de su esposa Pía. Ella lo estaba contradiciendo; el chile picaba mucho; él era asmático además de panzón; el índice de contaminación de la ciudad alcanzaba un pico extraordinario, y el periódico del día había caído al piso y de seguro seguía ahí.

En la ambulancia, Piero hacía coraje mientras Pía platicaba con los rescatistas. Que qué calor, que perdón por venir en pijama, que su marido fumaba pipa “con todo y el asma que tiene”, que ella una vez casi se ahoga con un pistache. Piero escuchaba las risitas corteses de los paramédicos. Tenía ganas de hacer pipí. Había olvidado el sinónimo de pipí, odiaba esa palabra casi igualita a popó, vocablos incapaces de decidirse entre el femenino y el masculino, asexuales, infantiles y bobos. Estaba por dar con la palabra *orina* cuando escuchó algo horrible salir de la boca de su esposa:

—¡Ya son las nueve con veintisiete minutos! ¡Acaba de ser el cumpleaños de Pi!

—¿Perdón? —dijo alguien.

Piero agitó los brazos con desesperación para interrumpir aquel diálogo. Se pusieron todos de pie para atenderlo.

—¡No es el cumpleaños de Pi! —gritó en la máscara de oxígeno. Quería explicar, pero no podía, que la abreviatura de la fecha en 3-14-15, además de ser gringa e invertir el orden del mes y el día, pasaba por alto el 2 y el 0 del año 2015, carajo, no había ningún rigor, Pi no tenía cumpleaños. La ofuscación que le produjo la lectura matutina de aquel titular y la discusión con Pía eran

los culpables de todo el numerito de la ambulancia y el palillo clavado en el esófago.

Mientras esperaban en urgencias, él sobre una camilla y ella sentada a su lado, Pía, que era incapaz de cerrar el pico tres minutos, contó hasta cinco mujeres embarazadas. “Todo mundo se está embarazando”, concluyó en voz alta al tiempo que se acercaba un médico muy joven, seguramente un estudiante inexperto, para el análisis de los signos vitales y una breve exploración. Mientras el doctor toqueteaba su estómago embalonado, Piero miraba con angustia su gafete No. 3141. Cuando los dedos enguantados tocaron su garganta, el accidentado sintió que lo pinchaban como un globo y gimió cual parturienta. Llamaron a una enfermera y ahí mismo, con unas pinzas largas, le sacaron un fragmento de palillo antes de mandarlo al tercer piso, al cuarto 314. Piero no quería clavarse en estas coincidencias sin sentido. Que verifiquen que no había perforación en su tracto, eso era lo primero. Luego veríamos. El dolor punzante ahora se reflejaba en su pierna derecha.

—Hasta en el elevador había una mujer embarazada —dijo Pía mientras se acomodaba en el reposé.

Piero encendió la tele. Anunciaban otro día de gran calor con una media de 31.4 grados.

—Le voy a hablar a Pilar, a ver cómo se siente. ¿Sabías tú que el calor adelanta los partos?

Piero hizo lo posible por abstraerse de la conversación telefónica de Pía. Su reciente jubilación de supervisor de escuelas no lo convertía en el viejito pacífico que él esperaba, al contrario: su intolerancia iba en aumento. Piero concordaba cada vez más con Einstein en materia de infinitos: sólo había dos cosas que merecían tal adjetivo, el universo y la estupidez humana. Entró una enfermera con un analgésico sublingual y apuntó el nombre de la píldora y la hora en un pizarrón blanco. Les informó que se realizaría la endoscopia alrededor de las tres.

—¿Viste que la enfermera estaba embarazada? —preguntó Pía, nada más colgar.

—¡Ves embarazadas en todas partes porque estás obsesionada con eso! Si tu hija tuviera un problema de acné, verías chicas con acné y me estarías rompiendo las orejas con eso! —con todo y analgésico, le dolió gritar.

—¿O sea que dios me manda embarazadas porque pienso en mi hija

embarazada?

—No te hagas la chistosa —dijo más bajito, para moderar el sufrimiento que le causaba hablar—. Lo que digo es que seleccionas una parte de lo que ves. No puedes registrarlo todo, es demasiada información. Entonces, lo que te obsesiona despunta primero dentro del caos. ¿A poco nunca te había pasado?

—Es demasiada casualidad —argumentó Pía.

—No existe la casualidad.

Lo dijo por contradecirla y se calló del dolor. La verdad es que pensaba exactamente lo contrario. Ante la hipótesis de un dios que manda señales a los humanos, Piero era partidario de la llana coincidencia, la purita casualidad. Había coincidencias increíbles, estaba de acuerdo, pero finalmente eran coincidencias. Por ejemplo, cuando visitó el Vaticano durante su luna de miel, entre los miles de visitantes internacionales se topó con su ex amante de la escuela normal. Pero no por ello se volvió creyente ni se arrojó de rodillas frente a la Pietá para implorar su gracia. Mantuvo la sangre fría. El mundo mismo era fruto del más puro azar, del choque aleatorio de unas moléculas con otras. Yo soy un azar, pensaba Piero, la unión fortuita de un espermatozoide entre trillones de espermatozoides con un óvulo entre trillones de óvulos. Es más: casi no sucedo yo, casi no sucede Pía, y casi no sucede este horrible episodio del palillo.

En la tele, una falsa rubia se hacía la pitonisa con las predicciones del clima para la semana. Luego habló de un derrumbe en los Pirineos y... ¡dale con el día de Pi! No bastaba con los onomásticos, los aniversarios luctuosos, las efemérides de rigor, el día de la madre, del padre, del abuelo y del sobrino, el día del amor, del agua, de la caipiriña y el pito loco. Creaban días especiales todos los días, capitalizaban el calendario sin tentarse el corazón. Mientras él se ofuscaba en sus adentros perforados por un palillo, Pía lo miraba de reajo, triunfante, encantada con la presentadora rubia que le otorgaba una pequeña victoria pírrica a ella y al número Pi.

Piero recordaba todos los detalles del día lluvioso en que su maestro de primaria le había revelado la noción de infinito. Chicos y grandes se agrupaban en el aula de la escuelita rural y el maestro los entretenía con historias maravillosas. Ese día les pidió que cerraran los ojos e imaginaran una cuadrícula gigante, una del tamaño del universo donde cupieran todas las decimales de Pi. Luego les dijo que si alguien coloreaba de negro todas las

casillas con números pares y de blanco todas las impares, en algún lugar de esta cuadrícula inmensa se vería una copia fiel de la Monalisa de Leonardo da Vinci, la gran pintura de la humanidad.

—¿Pero en blanco y negro, maestro?

—Bueno, sí, en blanco y negro. Además, habría que retirarse a cierta distancia de la retícula gigante para ver a la Mona Lisa en vez de puntos negros y blancos. Como el cuadro de Monet que les mostré. ¡Pero imagínense! Así de poderoso es el infinito.

Y Piero lo imaginó, nunca dejó de imaginarlo, lo relajaba ese infinito donde cabía todo, la desgracia y la alegría, el bien y el mal, el ying y el yang.

A las 3 horas 14 minutos en punto llegaron por él y se lo llevaron en silla de ruedas para el análisis. Una hora más tarde estaba de vuelta en el cuarto 314, listo para que lo dieran de baja y salir pitando. Pía dormía a pierna suelta en el reposé. Piero se encargó de negociar con el seguro y pagar la cuenta restante de 314 pesos con 15 centavos. Esta insistencia numérica le pesaba muchísimo. No era graciosa. Era como una venganza de alguien ante su desprecio del cumpleaños de Pi. Y ese alguien no podía existir.

Ya era de noche cuando salieron del hospital. Por la ventana del taxi atrapado en los embotellamientos de la hora pico, Piero advirtió a tres mujeres embarazadas bajo una marquesina. Platicaban, casi chocaban panza con panza, y una de ellas se parecía mucho a Pilar.

—¿Ya visteeeeee? —gritó Pía apretujándole el brazo.

Ahí viene con el cuento de las embarazadas, se resignó Piero.

—No. ¿Qué? —dijo por contradecir.

—¡El coche de adelante tiene la placa 314 PII!

Otra mujer embarazada cruzaba la avenida entre los coches varados.

—¿No te parece una gran casualidad? —chillaba Pía— ¡La placa de Pi el día de Pi!

Piero necesitaba un dios de inmediato, uno a quien rezarle, a quien suplicar que no, que por favor no, que no quería ahora ver mujeres embarazadas por todas partes. Una infinidad de embarazadas desfilando, con todos esos posibles monstruos dentro, todas las combinaciones de la estupidez en potencia, gestándose, a punto de infestar el mundo... Volvió la mirada hacia las tres futuras madres frente a la miscelánea. Algo compartían esas panzas esféricas con el número Pi. La infinidad. El mundo daba vueltas en círculo.

Cerró los ojos hasta que el vehículo se detuvo frente a su domicilio.



# JOTA JOTA

CINCO DÍAS SIN INTERNET NO ERA COSA FÁCIL, PERO EL inspector Correa había sido enfático: “No: ni en el celular, ni en casa de amigos, ni en el trabajo, ni en cafés internet: absténgase, es la mejor manera de quedar limpio de sospechas”. Jota Jota se resignó a abandonar un partido virtual de ajedrez a la mitad, con un contrincante coreano que debía preguntarse por su desaparición del otro lado del mundo. El celular no era ningún problema porque no tenía y tampoco frecuentaba casas de amigos, pero su laptop le hacía gran falta para llenar el tiempo entre la hora que llegaba del trabajo y el momento en que caía en las garras del sueño.

La primera noche, corrió una punta de la cortina y acechó desde su departamento a quienes debían vigilarlo. Constató con los dedos que el vidrio de la ventana estaba tibio en vez de fresco. Primero pensó que lo espiaban desde un coche negro con cristales polarizados, aparcado a treinta metros de su domicilio. Creyó incluso ver una silueta adentro. Pero una hora más tarde, se subía al automóvil una de sus vecinas. Jamás la había visto tan arreglada, ni con esos escotes. Se enjugó el sudor de la nuca con la cortina y la sintió rugosa. Se levantó por el ventilador de su recámara y lo instaló a sus espaldas. Ahora sus cortinas ondeaban un poco, como el velamen de un barco. El carro gris del que sospechó, después resultó propiedad del inquilino de arriba, un tipo que le producía desconfianza, con quien no había cruzado palabra jamás y que también parecía tener actividades nocturnas. JJ concluyó finalmente que lo vigilaban desde el edificio en obra negra de la contra esquina. En una película aprendió que la policía nunca desaprovechaba un edificio abandonado o sin terminar. Acaso por un instinto de correspondencia, JJ colgó un abrigo largo y un sombrero sobre un perchero, y lo acomodó detrás de la cortina, a modo de espantapájaros.

Decidió llamar a su madre. Ahora tenía todo el tiempo del mundo. Recorrió con las yemas de los dedos los contornos de su teléfono antiguo, de plástico rojo y duro, conectado a la pared. Mientras lo hacía, se recordó sobre las piernas de su padre, quien pasaba horas con la bocina en la mano, planchándose por turnos las orejas, peleándose y reconciliándose con sus hermanos, tíos y primos que se habían quedado en el norte. JJ solo conoció a esos familiares fantasma en el entierro de su progenitor, y luego se desvanecieron sin dejar rastro.

A su madre, por supuesto, no debía contarle nada de la policía porque no lo dejaría en paz. Además, el inspector Correa pidió máxima discreción. Siete veces su dedo índice subió en medio círculo hasta el tope de la marcación y siete veces escuchó cómo el dial volvía a su posición de inicio, con el ruidito agradable del mecanismo bien aceitado.

Fue pésima idea esa llamada. En “el club” —así llamaba su madre el centro deportivo donde tomaba café con sus amigas y jugaba a la baraja— circulaban historias espantosas y ella se las repetía con lujo de detalle. Primero le relató cómo el sobrino de una conocida suya volvió de su secuestro con un dedo mochado, luego pormenorizó el hallazgo de dos cuerpos en un terreno cercano al club. JJ se desesperó:

—¡Mamá! ¡No tiene sentido repetir esas historias! ¡Te llenas de basura la cabeza! —con sus manos estiró los anillos de plástico en tirabuzón que unían el auricular con el cuerpo del aparato.

—Es nuestra realidad —respondió su madre.

—No es nuestra realidad, no has visto con tus ojos nada de lo que me acabas de contar, ni siquiera te consta —argumentó JJ. Su madre lo sacaba de quicio demasiado rápido, como si poseyera un control remoto con un botón especialmente diseñado para él, para picar el punto más delicado de su ánimo. Pero JJ no quería ser grosero con ella. La mujer vivía sola y él la visitaba poco, con el pretexto del trabajo. Se abrió el cuello de la camisa.

—¿Y lo que le pasó a tu primo? —contraatacó su madre.

—Apostaba mucho —respondió JJ.

—Hasta en los supermercados pasan cosas horribles, no te creas, no trabajas en un lugar tan protegido como te imaginas. Recuerda el asalto en la sucursal donde mataron a la cajera.

JJ no quería recordarlo. No servía de nada. No se dejaría aterrorizar por

su madre, ya había pasado el tiempo en que lo llevaba a ver películas de horror que no correspondían con su edad.

—Madre, mejor dime qué ha pasado con tu reflujo, eso es mucho más importante.

Mientras le contaban de hernias gástricas, JJ dejó su mente divagar en libertad. Enrolló el cordón del teléfono sobre su índice hasta cubrirlo de anillos de plástico y paseó la mirada sobre la pared que tenía enfrente hasta detenerse en una mancha rojiza. Pensó en las mujeres que deseaba y se acordó de una chica que recién había conocido en el súper. La muchacha le había preguntado cómo escoger un melón y JJ le enseñó a oler las puntas de la fruta. Fue un momento muy sensual. La mancha en la pared eran los restos embarrados de un mosquito. Pensó en los aguacates que traían sangre pegada sobre la cáscara, era la segunda vez que recibía un cargamento así. Se preguntó si era cierto que había tráileres que transportaban cuerpos mutilados encima de las cajas con fruta. Eso le había dicho un proveedor que hablaba demasiado. Pensó que esas cosas no debían pensarse. Desenredó el cordón de su dedo índice y lo enrolló sobre su dedo meñique. Recuperó la conversación cuando su madre decía:

—Tú que andas por ahí como si no pasara nada.

—Mamá, me cuido mucho —JJ empezó a jalar el cable de plástico enredado en su meñique como si quisiera arrancarse el dedo.

—Ay, Juan Jaime, que dios te bendiga. ¡Y llámame mañana! Podría morir asesinada, y tú ni te enteras.

Colgó exasperado. Su madre lo cansaba mucho. Se acordó de la policía y observó el vientre rojo y brillante de su teléfono querido debajo del cual alguien seguramente escuchaba sus conversaciones. Le pareció insoportable que su objeto favorito, el más íntimo, estuviera intervenido por unos desconocidos. Se alejó por instinto del teléfono y lo que ahora significaba. Fue por un hielo a la cocina y se lo pasó por la nuca hasta derretirlo por completo. Las noches eran demasiado largas: daban apenas las 10. Tenía ganas de continuar con su partido de ajedrez. Había resistido el ataque del coreano y estaba por lanzar su propia ofensiva. ¿Qué carajos le estarían haciendo a su laptop? Seguramente poca cosa a estas horas de la noche. Consideró contratar de nuevo el cable de la televisión para distraerse, aunque hace un par de años salió de la sucursal gritando que eran unos rateros y que jamás volvería. Lo

irritaban tanto las señoritas que encubrían el robo a los ciudadanos con sus sonrisas falsas, que se vengaban así de un trabajo horrible en unas oficinas donde el aire era caliente. Él, al menos, trabajaba en un sitio refrigerado. Hasta Correa, el inspector, laboraba en un espacio desquiciadamente caluroso, ¡qué absurdo!

Los días pasaron y el acoso policial era patente, lo percibía en cada semáforo donde un uniformado fingía dirigir el tráfico pero se le quedaba viendo sólo a él, Jota Jota. Los guardias del supermercado lo vigilaban como nunca antes. Quién sabe cuánta coincidencia había entre su problema y la instalación de los arcos de seguridad en las puertas del supermercado, además de la revisión de las mochilas. Tanta tensión perturbó su ciclo de sueño. Ahora abría los ojos a la mitad de la noche y repasaba sus interrogatorios en el ministerio público a través de un cámara de cine imaginaria.

Cuando la policía marcó al súper, su nombre sonó en todas las bocinas como cuando lo llamaban a cajas o alguien ponía una queja en contra suya y tenía que ir con su jefe a dar explicaciones. En esta ocasión, sin embargo, la secretaria de su superior simplemente le tendió el teléfono con una sonrisa mucho más cínica que de costumbre.

Una hora más tarde, ya en el ministerio, se las vio primero con dos policías cuyo aspecto atlético y refinado lo perturbó. Hasta ese momento, JJ se figuraba que los agentes judiciales de su país eran gordos, de cachetes mal rasurados, lentes oscuros y gruesos, y anillos de oro con incrustaciones de falsos rubíes.

La entrevista fue corta, con preguntas como: ¿Qué aparatos electrónicos tiene en casa? ¿Qué computadora tiene? ¿Para qué la utiliza? ¿Por qué no tiene teléfono celular? ¿Cuántos correos electrónicos recibe al día? ¿Cuál es el sitio que más visita? ¿Ha notado algo raro? Los agentes palomeaban cosas en unos papeles y anotaban un par de palabras en los momentos más extraños, como si la información no se encontrara en las respuestas mismas sino en otra parte, quizá en el vocabulario, en el tono o en la actitud de JJ, en todo caso en algo que él no podía detectar pero lo angustiaba y hacía parecer falso ante sí mismo. Al terminar, uno de los hombres sacó una pequeña cámara digital y le tomó unas fotos.

En su cama, JJ sentía sus mejillas encenderse cada que recordaba la

pregunta que hizo a los agentes cuando ya se iban y lo dejaban solo en aquel cuarto con una pared de espejos.

—Detective, por favor, espere —su voz sonó débil y aguda, similar a la de un pequeño roedor con la pata atrapada en una trampa.

—Diga —el policía se miró las uñas de la mano. Su manicure era perfecto. Por una película JJ sabía que mientras más cuidadas las manos un hombre, más refinados y crueles sus métodos de tortura.

—Señor... en los sitios de pornografía en internet que frecuento... las chicas no son menores de edad... no parecen menores... no se puede saber por seguro pero no hay niños... Son sitios legales, con cientos de miles de vistas, en cuanto veo algo irregular detengo el video, las violaciones son de mentira, las chicas actúan muy mal, es verdad... es muy irreal...

—No se trata de eso, Juan —lo interrumpió el detective—, sino de narcotráfico y homicidio.

Y el hombre atlético se eclipsó con su colega, dejándolo cubierto en sudor. Un cuarto de hora más tarde, un subalterno vino por él y lo condujo hasta la oficina del inspector Correa. Ahí sintió cierto alivio al descubrir a un policía más acorde a sus prejuicios. El inspector Correa tenía las manos peludas decoradas con anillos, las uñas cortas y los dedos índice y medio de la mano de color café por culpa de su adicción a la nicotina. Correa le explicó un poco mejor el problema. Resultaba que las señales que emitía su computadora habían detonado las alarmas de inteligencia, que su IP transmitía las cinco palabras clave de un grupo criminal.

—¿Mi IP? —había preguntado JJ.

—La IP es su número de identificación en la red, es como su matrícula vehicular para la circulación cibernética —el tono de Correa fue cortante. O no le gustaban las interrupciones o no le agradaba el tema de las IP.

—¿Pero qué palabras? —JJ no pudo reprimir su nueva pregunta.

—¡No lo sé! Palabras del crimen, no lo precisaron, el reporte mide cien páginas y trae gráficas en tres dimensiones que no se pueden leer en papel — el inspector dio un manotazo sobre el escritorio—. La verdad —retomó el policía— es que lo hemos observado durante semanas, hemos escuchado sus conversaciones y dudo mucho que usted sea un criminal. Llevo años persiguiendo delincuentes y usted no tiene el perfil.

JJ no pudo opinar. Aunque no tener un perfil criminal era un punto positivo

dada la situación, se sentía un poco ofendido por el dictamen como si lo hubieran calificado por lo bajo.

—Mire, usted nos tiene que dejar su computadora y los “especialistas” — Correa entrecomilló con las manos— nos dirán qué procede, por qué se comporta así su computadora y si es necesario continuar vigilandolo a usted. ¿De acuerdo? Vámonos a las declaraciones.

Sin más transición, dictó la primera pregunta a una secretaria que estaba ahí desde el inicio, sentada en una mesita aparte. JJ respondió a preguntas muy sencillas como su nombre y dirección, y pormenorizó lo mejor que pudo el uso que daba a su computadora: era su consola de juegos y su ventana al mundo. El ajedrez era más que un juego, pero ¿qué iba a entender un profano de esas cosas! El repiqueteo de la máquina de escribir le producía unas cosquillas agradables en toda la cabeza. Sí, recibía por mail algunas circulares del trabajo pero la mayor parte del tiempo navegaba por Facebook, nada más como espectador de las vidas ajenas. Sí, a veces también leía uno que otro artículo sobre salud, o bien consejos prácticos. No, jamás leía las noticias. En cuanto calló la Olivetti eléctrica que consignaba sus palabras, Jota Jota cayó en cuenta de que esto apenas era el inicio de una intromisión de la policía en su vida. ¿Y si un agente se atrevía a mover las piezas de ajedrez en su lugar, con el pretexto de ver si el chino estaba coludido? Sería el colmo de la grosería, pensó Jota Jota retorciéndose en su cama. Lo haría perder puntos y su clasificación de jugador medio.

A lo largo de su insomnio, equipado con una cámara de cine imaginaria, JJ realizaba *travellings*, *zooms* y *close-ups* para sacar nuevos significados a las escenas policiales. A medida que el reloj avanzaba hacia la hora de levantarse, con morbo masoquista, JJ se dejaba llevar por la fantasía de una inculpación errónea y una vida detrás de las rejas a causa de un crimen jamás cometido. Agobiado por el calor, se levantaba varias veces en la noche en pos de un hielo. Cuando salía de su recámara pegaba un brinco al descubrir la silueta del perchero. Se acercaba de puntitas a la ventana y corría la punta de la cortina para constatar que la calle seguía desierta.

En el supermercado ahora desconfiaba de los clientes que podían ser policías, en particular de un señor que desde hacía un par de meses compraba lechugas todos los días con el pretexto de una dieta especial. En cuanto se

aparecía, en vez de asesorarlo, ahora JJ iba a encerrarse al almacén. Hubiera preferido hacerlo en el cuarto refrigerado pero ¿qué tal si alguien lo encerraba por afuera en aquel frío exquisito pero mortal?

Desconfiaba también de su nuevo asistente, un muchacho que siempre llegaba tarde. No hallaba un mozo decente desde la desaparición de Joselo. Para llegar al supermercado, el buen Joselo realizaba un itinerario complejo de transbordos que le tomaba un poquito más de dos horas. Pero eso no le quitaba lo puntual. Era un muchacho de facultades mentales limitadas pero serio y cumplidor. A los cinco días de ausencia sin ninguna señal, JJ se había preocupado y fue a buscarlo a su domicilio. Jamás había pisado una colonia como ésa, con las calles tan agujeradas y montones de cascajo por todas partes. El taxi se negó a circular por ahí y lo abandonó unas cuadras más abajo. Olía a pólvora. Ascendió a pie hasta una casa de tabique gris con cobijas para tapar los cristales rotos. Ahí no supieron darle razón de Joselo porque tampoco lo habían visto. La muchacha que lo atendió en la puerta miraba hacia ambos lados de la calle con preocupación. Parecía urgida de volver a encerrarse. JJ volteó y descubrió que a sus espaldas pasaban unos adolescentes que hundían la nariz en un trapo húmedo. Se secó el sudor con un pañuelo y se alejó presuroso. En el almacén del supermercado, la memoria de Joselo quedó en la estampa de San Judas pegada en una columna: bajo ella se refugiaba JJ cuando quería escapar de algún cliente.

En cuanto recibió la notificación ministerial, JJ fue a recoger su computadora. Sin levantarse de su escritorio, el inspector Correa empujó la máquina hacia él. Le informó que algún malhechor había usado su laptop a distancia para guardar y transmitir información criminal. Usted —le aseguró— ya puede olvidarse de nosotros. Le prometió que pondrían todo el empeño en encontrar a los responsables y aplicarles el peso de la ley. No, no sabía cómo funcionaba la usurpación a distancia de los aparatos de cómputo, solo le estaba repitiendo el reporte del área de inteligencia informática.

—Y por favor, señor Juan, ya váyase.

En cuanto estuvo afuera, con la computadora bajo el brazo, se arrepintió de su prisa. ¿Cómo no había preguntado a Correa si cambiar de aparato le permitiría cambiar de IP? ¿O más bien tendría que cambiar de compañía de internet? Eso no estaría mal porque ya no soportaba el mal servicio. En el

súper, JJ se mantuvo al acecho de su colega de los lácteos que siempre presumía los mejores *gadgets*, los relojes inteligentes más sofisticados y los audífonos último grito. Cuando JJ le preguntó por las IP, su colega abrió los ojos como platos y dijo: “No sé nada de computadoras”. ¡Ese gerente era en realidad un pequeño idiota!

En su casa, con el ventilador conectado a sus espaldas, se lanzó en busca de información. El internet funcionaba de maravilla, más rápido que nunca, y a la palabra virus que ya conocía y a las siglas IP, se fue añadiendo un extenso vocabulario que incluía *cookies*, *firewall*, *botnet*, *caché*, *proxies*, *trojan* y *blue screen of death*. Ese último giro lingüístico que usaba la palabra “muerte” para designar la pantalla azul que sigue al *crash* del sistema operativo le pareció de mal gusto. Las computadoras se le aparecían cada vez más como entes vivos y peligrosos. Vio también que su partida de ajedrez había sido cancelada y había bajado en su puntuación total de jugador. Era injusto, pero lo recuperaría. Se acostó tarde, con los ojos secos y sin comprender aún cómo funcionaban las redes de comunicación entre ordenadores, cómo se enviaban esos *bits* en paquetitos.

Otra vez despertó a mitad de la noche anegado en sudor. Había dejado el ventilador en la sala. Salió de su recámara y esta vez el susto no lo provocó su perchero sino el resplandor de su computadora. Se acercó para descubrir que la computadora escribía un mail. El cursor se movía solo, como en una película de terror, se desplazaba con el empuje de las letras que iban formando unas palabras que ni siquiera pudo leer. Se abalanzó sobre el aparato para apagarlo. Lo desconectó de la corriente y le quitó la batería. Luego se encerró en la recámara con llave, sin llevarse el ventilador y se retorció entre las sábanas húmedas por el resto de la noche.

En la madrugada, más tenso que una cuerda de violín, angustiado con el ruido en aumento de los cláxones que anunciaban el inicio de labores, JJ decidió salir de su cuarto y afrontar su laptop. Se acercó con precaución a la mesa y la encendió con gestos calculados y conscientes. En la pantalla de inicio, lo acogió un mensaje terrorífico que decía “Deja la pinche computadora o te va a cargar la chingada, si vuelves a la policía te vas a tragar tus propios güevos”. Lo acompañaba una foto de cinco cuerpos decapitados.

JJ corrió a encerrarse de nuevo en su cuarto y se hizo bolita bajo las sábanas. Tenía que calmarse. No podía permitir que su corazón golpeará con

tanta fuerza la caja de su pecho. Su estrategia sería de retirada inmediata. Se largaba esa misma mañana. Sin su computadora. A veces el rey, solo sobre el tablero, puede sobrevivir hasta el final, moviéndose de casilla en casilla si el adversario no tiene su ataque blindado. Debía jugar el partido con eso en mente. Una hora más tarde, Jota Jota cerró la puerta de su departamento y desapareció sin dejar rastro.



## JU

TERMINÓ LA TERCERA GUERRA MUNDIAL, JU, Y AQUÍ SEGUIMOS. El aire carga la misma miseria y la gente se muere de la misma manera inútil. No fue lo que pensábamos. No hubo sobrevivientes en un búnker bajo tierra alimentándose de cucarachas mientras se disipa el invierno nuclear. El mundo sigue su curso a cielo abierto y cada minuto nacen miles de bebés, como si se tratara de recuperar cuanto antes la biomasa perdida, asesinada, molida.

Te escribo junto a un cuerpo de mujer que murió de cáncer como tú. Es más vieja, pero me recuerda a ti: eres tú otra vez y es otra vez tu muerte. A la señora Aline no la vistieron ni maquillaron como hicieron contigo, ni la peinaron con la delicadeza que exigieron tus hermanas. Nadie ha venido y nadie vendrá. Estoy para ahuyentar a las ratas, no imaginas cuántas hay. Es de noche y estamos solas, la cadáver y yo, lejos de las naciones que claman venganza. Encontré una mesita, la acomodé junto al féretro y te escribo, porque la escritura sirve para hacer tiempo.

Si estuvieras viva, te escribiría un mail, para que llegara rápido y me respondieras. Pero ahora no hay prisa. ¿Recuerdas la película con la pareja de enamorados vampiros que vivían por cientos de años? Ellos habían aprendido a ser lentos. Así me percibo ahora contigo, con ganas de refugiarme en costumbres un poco anticuadas pero firmes, con garantía de siglos. La pluma y el papel obligan a la paciencia, cada signo pide un esfuerzo particular para cobrar su forma, una concentración generosa y casi infantil.

Encontré todas las cartas que te escribí en un cajón de tu cuarto. Tu madre nos convocó para repartirnos la ropa que dejaste, y al final casi nos arrebatamos tus pertenencias. Cada prenda que salía del clóset generaba mares de tensión, porque todas la queríamos. Abrimos tus cajones, saqueamos tu intimidad. Me llevé mis cartas sin decir nada porque son tuyas y mías y de

nadie más. La más antigua te la mandé de un campamento de verano ¡cuando teníamos diez años! Qué sorpresa inesperada que a través de ese paquete pude releer mi propia vida. Cuando termine esta carta, la añadiré a las demás.

Ju, te moriste cuando ya había empezado la guerra, la que tanto nos preocupaba, aunque a ti más que a mí. ¡Cómo te enfurecías con las noticias!, hasta que apagaste la tele y mejor te concentraste en los lentos movimientos del sol en la ventana, en la entrada y salida de las enfermeras, en la llegada tan pendeja de tu muerte. Te echo tanto de menos, Ju, para que hablemos de esta guerra, con unos whiskis y con tus cigarros, que son mi eterna tentación, incluso con unas fumadas de tu mota casera, lo que sea para tratar de entender algo mientras pasa la noche. Aunque nunca entendimos algunas cosas como tu enfermedad. Al final, no entendimos el estúpido cáncer, el féretro que hoy cuido es un sinsentido, pero entendimos otras cosas.

Yo fui de las últimas en enterarme de la guerra porque seguí con nuestro plan y me fui al lago. No es traición, Ju, al revés. No viniste tú, pero todo lo que pensamos juntas, todo lo que el cáncer ponía en perspectiva, siguió. Me fui por ti, por mí, por todos. Convencí a unos cuantos con lo del terreno gratuito. La vida de la gente estaba de por sí tan desgastada. Al principio no invité a quienes tenían niños. ¿Recuerdas que lo acordamos? ¿Aquel día que te pusieron el catéter del riñón? Luego cedí porque los niños ya estaban ahí y no había a dónde regresarlos. Además, íbamos convencidos de que los demás, cientos y cientos, vendrían después: no podíamos discriminar. Nos embargaba una sensación de pioneros, sabes, de pico y pala.

El clima nos ayudó. Tan lindo que es el sol por ahí, te recuerdo paseando sin sombrero de tanto que te gustaba esa medida de luz y de calor. Pedimos a los vecinos un par de consejos para instalarnos, antes de que se fueran a la ciudad sin decir pío. También nos informamos en internet, aunque luego dejamos de pagarlo y lo olvidamos del todo. Empezamos con jitomate, berza, calabaza y frijol, y compramos unas gallinas. Hicimos una composta que sacaba vapor por la mañana y hasta unos baños secos que nos valieron muchas desventuras. Cuando eso pasaba, imaginaba tu risa sobre la pestilencia. Al fondo del terreno, en la hortaliza, pusimos un cuadrito de moringa en recuerdo tuyo, el cuadrito de Ju, para tenerte de santa patrona. Hasta los niños saben quién fuiste. No les gustaba el menjurje con moringa que les recetábamos cuando enfermaban, invocándote. Hubieras disfrutado sus caritas apretadas del

asco. Yo me iba a la moringa para platicarte cuando te extrañaba demasiado, cuando me dolía el agujero que me dejaste. Aunque no había mucho tiempo libre, el trabajo del campo es muy duro.

Hubo un par de señales de mal agüero. Un día, por ejemplo, los gallos amanecieron muertos. Nunca entendimos qué les pasó. La noche anterior nos habíamos preparado un té de floripondio muy potente, así que fue un malviaje descubrirlos por la mañana y luego deshacernos de los cuerpecitos desinflados y regados por el suelo. Nadie quiso comérselos, hubo que enterrarlos con la sensación de cometer un despropósito al sumirlos bajo tierra. ¿No es contradictorio enterrar un ave? Pero en general todo funcionó muy bien en nuestro ranchito diletante. Jamás sospechamos que en otro lado estaban matando a millones de humanos.

En el rancho estábamos Mayra, Jimena, Ramón, el Chato y su hijo, Juliana con sus tres chamacos, y otros más que no conoces, como Aline, la mujer muerta que tengo frente a mí. Al principio Juliana quería comprar cosas extra para sus críos, pero se desanimó porque el único marchante quedaba a cuarenta minutos en coche; y además, luego lo mataron. Al final nos las arreglamos con nuestras verduras, los frijoles, las lentejas y la miel. La de la miel era justamente Aline, que llegó como un milagro entre nosotros con sus cien kilos a cuestas y su *know how* de apicultora. Atrajo nubarrones de abejas. ¿Recuerdas que se decía que si las abejas desaparecían del planeta, nosotros nos extinguiríamos también? Pues las abejas no se acabaron, por lo menos en el rancho, ni se acabarán; pululan en un mundo paralelo, al fondo del jardín, sin enterarse siquiera de que enfermó Aline, la señora que les puso una casa, organizó su mundo y las hizo proliferar. Quizá un día se darán cuenta de que dios ha muerto. Enseñamos a los niños a cuidarlas como a nuestras mejores aliadas, a no tenerles miedo ni torturarlas, a respetar su organización eficiente, a moderarse con la miel, a no pelearse. Cuántas lecciones salieron de un panal de abejas. A los niños hay que enseñarles todo, de esa manera descubres que puedes saber muchísimas cosas, como adulto, aunque al mismo tiempo te percatas de cuántas cosas no sabes. Siempre me quedé con más dudas que certezas a la hora de explicarles cómo funcionaba algo, por más sencillo que pareciera. Nunca lo confesaba, porque ellos necesitan que los adultos seamos sabios. Al final los niños te conquistan, tú lo sabes, te amarran al mundo, quizá por ese egoísmo con que se acaban la miel, por esa falta de titubeo en estar

vivos.

Dirás que vivíamos en una burbuja. ¿Pero quién no vive en una burbuja? Hasta los que hicieron la tercera guerra se metieron en una burbuja para matarse a gusto sin que los viéramos. Te dije que pasaban algunas cosas raras, pero no mucho. Un día llegó un camión con garrafones de agua; el chofer decía que habían echado químicos en el lago para envenenar a la población. El tipo se veía muy asustado. Según él, era un ataque de Estados Unidos. Le creímos la parte del lago contaminado y compramos varios garrafones. Reapareció a los quince días para rellenarlos, pero luego no regresó más. Nosotros volvimos al agua de lago y no nos pasó nada.

Con todo, algunas noticias se cuelan por aquí y por allá, por los resquicios más pequeños. Aunque no tengas ni teléfono ni radio ni internet, aunque te tapes las orejas, se filtran con el saborcito innegable de una realidad, cómo decirlo... compartida. Las noticias internacionales parecen ficticias cuando estás plantando calabacitas, pero al mismo tiempo, quién sabe cómo, embonan en una narración convincente, real. Que si Estados Unidos, que si Afganistán, que si Corea y Siria, que los chinos esto y aquello, no podría decirte con precisión. Un zumbido permanente de noticias inquietantes. En México seguíamos con la guerra del narco, con los descabezados y los colgados de los puentes. El Chato y Aline tenían pistolas por si las moscas, pero nadie nos molestó. Ahora dicen que también el narco fue parte de la tercera guerra mundial. Los estudiosos siguen explicando cómo todo se vinculó con todo, y no me extrañaría que hasta tu cáncer sea parte.

Hace poco festejé nuestro cumpleaños cuarenta. Los famosos cuarenta que tanto miedo nos daban, incluso más que la guerra. Cambié mi fecha de cumpleaños a la tuya, así envejecemos juntas. Fue una mañana muy linda. Primero estuve un rato con la moringa, luego pensé que era un día demasiado especial, así que manejé hasta un teléfono y llamé a tu madre. No la encontré, Juanita me contestó. Quién sabe por qué limpiaba tu casa en domingo. Luego llamé a uno de tus doctores, Narváez, el que se ponía una capa de Batman para entrar al quirófano. Tampoco estaba. No había nadie. Aline, la señora de las abejas, empezaba a verse muy mal, pero no quería saber nada de doctores. Era otro pinche cáncer y ella, otra pinche necia como tú. No estás sola, ustedes son millones. Espero que haya un cielo y que se consuelen allá, porque aquí abajo no hay quien aguante tanta muerte. Cuando por fin me traje a Aline a la ciudad,

irreconocible de tan flaca, fue para verla morir. No me traje ni uno de sus típicos vestidos con estampado floral, un poco al estilo de los tuyos, justamente porque su cuerpo flotaba en ellos, se perdía. Ahora la tengo en el ataúd vestida de ropa mía, toda de negro y gris. Ni se parece a ella misma. Debí dejarla junto al lago, con sus vestidos y sus panales. Pero me entró el pánico, o la culpa, o no sé, y me la traje. Ella falleció en sólo dos días de hospital y yo me encontré con la tercera guerra.

En el rancho están empacando, todos se quieren regresar. Como si necesitaran venir a constatar los hechos, a contar los muertos. Una guerra mundial, con una masacre de dimensiones aterradoras, aunque no nos tocara ni un pelo mientras creímos en nuestra utopía campestre, le quitó sentido a nuestro proyecto, como si hubiésemos perdido a nuestros interlocutores o fallado en una demostración. Un poco como cuando los hijos vuelven de sitios lejanos para llevar el luto, organizar la herencia y poner orden. Así regresamos nosotros, huérfanos y derrotados.

Por cierto, tu madre y tus hermanas están bien, espero que lo que sepas. Desde que te fuiste, ha habido tanto para decepciones. No solo la Tercera Guerra con su desproporción, sino también lo doméstico y cercano. Algunos conocidos como Inés y Sebastián están ahora en el nuevo gobierno. Sus ideas, que nos fascinaban tanto, nos hacían reír y nos movilizaban a las calles, ese fuego interno que sabían transmitir a la protesta y a las fiestas, ese corazón sobre la mano, esa sensación de que podrían dar la vida por un acto justo: todo desapareció. Ahora escriben sus 140 caracteres obligatorios en Twitter como si trataran de mostrar cuánta razón tuvieron desde siempre. Son soporíferos, y el gobierno les paga un sueldo. Aunque quizá sea solamente que se pierde la gracia con el paso de los años. Éramos bellos cuando estábamos borrachos a los dieciocho, pero ahora ¡qué bueno que no nos puedes ver! Envejecer se pone cada vez más grotesco, te lo ahorraste. ¿Quieres saber lo peor? Varios de nuestros amigos ahora están denunciados por acoso sexual con sus alumnos y alumnas. Repetimos lo mismo, y lo mismo, sin fin. Como la guerra, la famosa guerra que no te cuento a detalle.

Te podría dar los datos duros, pero ¿qué nos importa, por ejemplo, si exterminaron a toda la población rusa? A nadie conocíamos en las estepas: para nosotros, son simples números que murieron. Lo terrible es el relato que hacen los sobrevivientes, porque modifica nuestra idea de lo humano. De lo

que somos capaces. Al final de la Segunda Guerra, lo relevante no fueron las batallas ni los millones de muertos, fue la idea descocada de transportar a la gente a cientos de kilómetros de distancia para matarla en secreto, en unas cámaras de gas con mirilla para el disfrute de los verdugos. También fue el hongo atómico, que deformó a los japoneses y nos demostró a todos su capacidad para terminar con la vida sobre el planeta.

En la superficie, la tercera guerra fue química. Dicen que en las ciudades europeas la gente caía muerta por la calle, como cucarachas con Raid. Solo los hombres primero, luego solo los niños, al final solo las mujeres. Pero lo terrible, para mí, pasó bajo suelo. Los chinos, y también los gringos, agarraban a la gente, la metían viva bajo tierra, en los sótanos, las bodegas o las cavas, y luego sellaban todo con cemento. En cada lugar, en cada poblado: metían a todos juntos y sellaban. A lo ancho de África y de Asia lo hicieron. El chiste era no saber cómo morían adentro, si de asfixia o de hambre, si comiéndose los unos a los otros, si matándose o tomados de la mano. Los metían desnudos, sin instrumentos, sin nada, solo los cuerpos. ¿Qué hacían allá adentro con la pestilencia de los primeros cadáveres? Todo queda a la imaginación. Creo que eso es lo más terrible. En cada cámara subterránea habrán sucedido cosas extremas pero siempre diferentes. A los soldados, solo les quedaba soñar con la gente gritando, sacándose los ojos debajo de la tierra. Arriba, al aire libre, la guerra estaba llena de silencio. Ahora están abriendo sótanos y sótanos de muerte por todas partes. Sacan cuerpos en muy distintos estados, algunos desgarrados a mordidas. Hay unos sin cabeza. Los están llevando a laboratorios para análisis forense.

Algo se movió en la imaginación de la gente. Ya no dicen que la cuarta guerra mundial será a palos. Ahora se habla de un cataclismo climático provocado por una nación contra otra. Del estilo *Ahí te va mi tsunami*, o *mi huracán del fin del mundo*.

Ju, ya fue la Tercera Guerra Mundial... Y muchos sólo nos enteramos después. En el mundo sobre informado. Millones de muertos en un par de meses. Al sol le vale madres, se concentra en su punto amarillo, distante, como si desde el espacio sideral la hecatombe humana fuera un espectáculo de pura rutina. Quizá lo es. En la Ciudad de México no hay tráfico en las calles. Las fronteras del país están cerradas. La poca gente anda con los ojos opacos como de pescado de antier. Hay algo desamparado, como la ruptura de muchos

lazos que nos unían a todos con todos y se quedaron volando. La sensación de estar más solos que antes en el mundo. Te extraño muchísimo, Ju. Salúdame a la banda por allá, díles que aquí hay más muertos que vivos.



# **AGRADECIMIENTOS**

Emiliano Becerril, Francisco Carrillo, Alejandro Flores, Elvira Liceaga, Guadalupe Nettel, Martín Solares e Ilan Weiss.

## HEMATOMA

Se terminaron de imprimir 1000 ejemplares el mes de junio de 2019, en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales, Ciudad de México, C.P. 03300.

Impreso sobre papel bond cultural ahuesado de 90 g/m<sup>2</sup> para los interiores y cartulina sulfatada de 14 puntos para los forros.

Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Gotham Narrow de Jonathan Hoefler & Tobias Frere Jones, diseñada en 2000, y Minion diseñada por Robert Slimbach, en 1992, inspirada en la belleza de las fuentes del Renacimiento tardío.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Emiliano Becerril Silva.

La portada fue realizada por Abril Castillo y la formación por Lucero Vázquez.

Ciudad de México, 2019

